

JOSE CARLOS MARIATEGUI

ediciones

NUUESTRA

propuesta

Selección de escritos

# Socialismo

*creación heroica  
del pueblo*



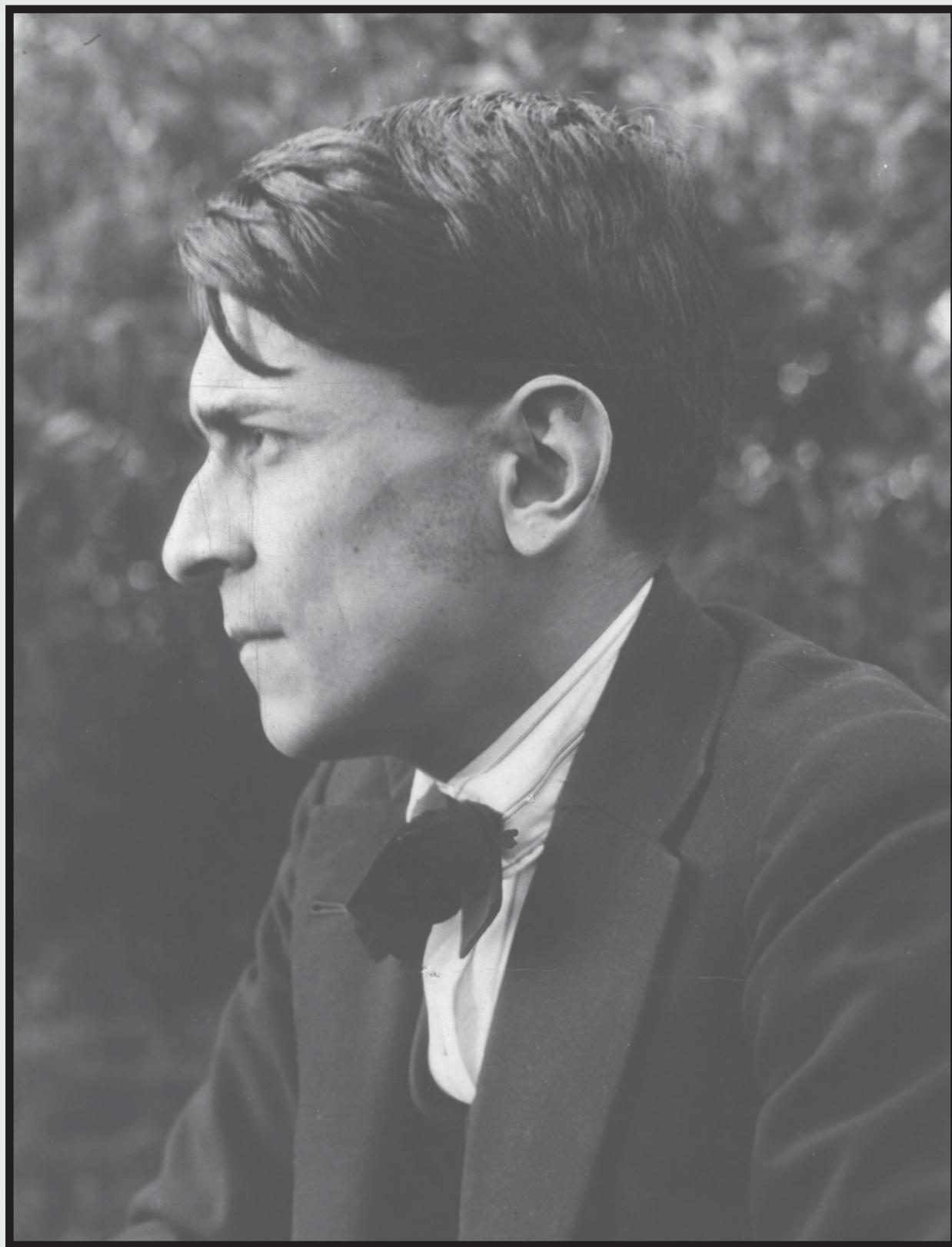
*La Revolución  
y los pueblos  
originarios*

---

*Ponencia ante la  
Primera  
Conferencia  
Comunista  
Latinoamericana*

---

*Antimperialismo y  
frente único*



**C**asi con este mismo título, hace tres años, la editorial argentina *Quipo* publicaba una selección de escritos del gran peruano. Decíamos entonces en el prólogo que José Carlos Mariátegui ocupa un lugar muy especial y que, con él, con su praxis y su teoría, el marxismo en Latinoamérica intentó abandonar los límites en que lo encerraba la imitación de modelos europeos y rechazando también la absolutización del ejemplo soviético (cuyos límites, agregamos, la historia y los hechos hicieron evidentes desde la muerte de Lenin y el abandono de sus concepciones) tomó su propio rumbo de cara a la realidad del continente y a la búsqueda de una estrategia revolucionaria que a partir de esta realidad, y desde el marxismo, delinee su camino propio.

En un breve texto autobiográfico, Mariátegui relata así los inicios de su trayectoria:

“Nací en el 85 (1885). A los catorce años entré de alcanza-rejones en un periódico. Hasta 1919 trabajé en el periodismo. Desde 1918, nauseado de la política criolla, me orienté resueltamente hacia el socialismo. Viajé por Europa, residí dos años en Italia, donde desposé una mujer y algunas ideas. A mi vuelta al Perú, en reportajes, conferencias, artículos, inicié mi trabajo de investigación de la realidad nacional, conforme al método marxista. En 1924 estuve a punto de perder la vida. Perdí una pierna y quedé muy delicado. Me olvidaba: soy un autodidacta”.

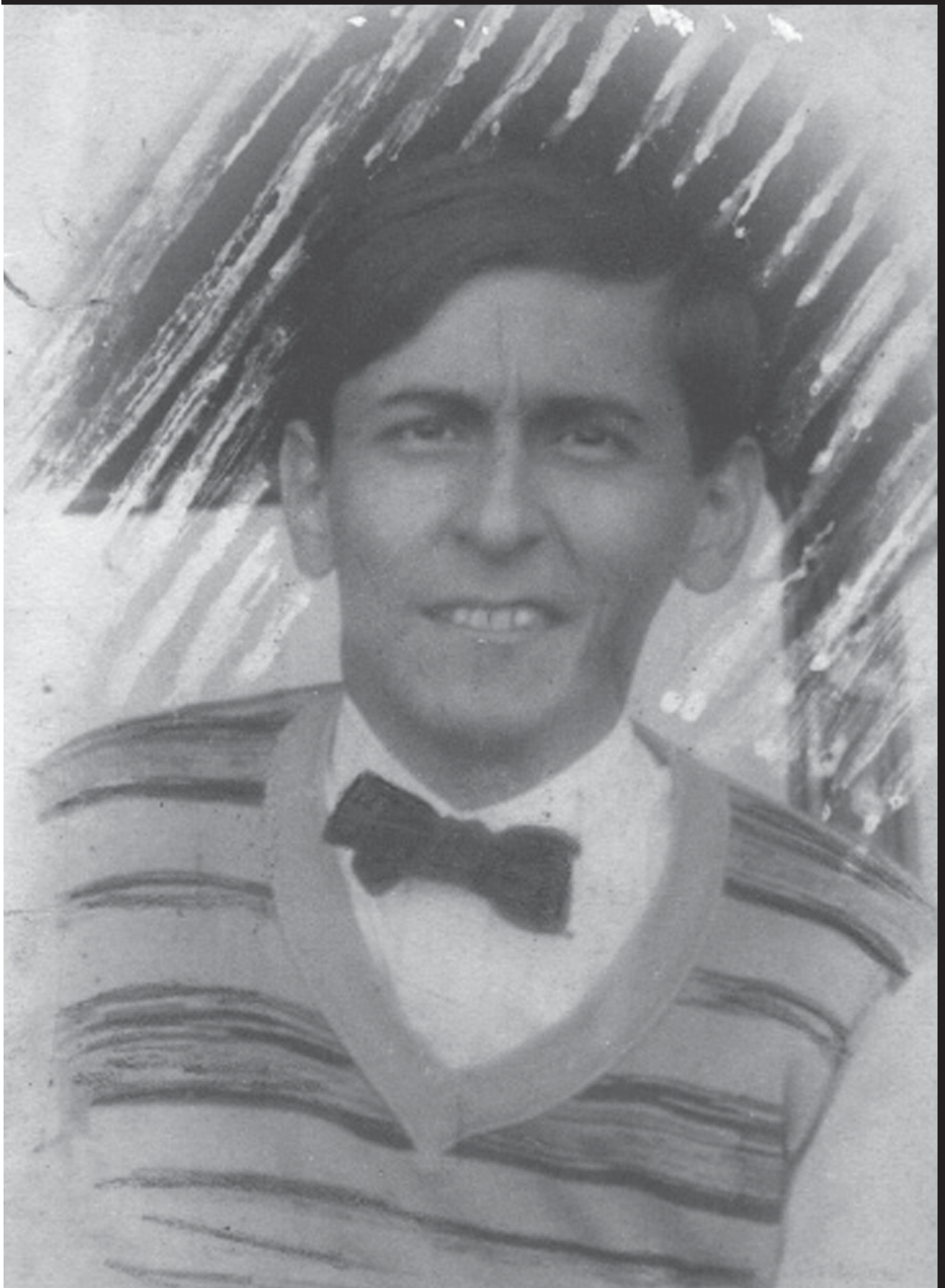
Estos son los comienzos, pero más tarde Mariátegui, con su única pierna y su salud endeble, fundó el Partido Socialista (adherido a la Tercera Internacional Comunista, y luego, después de su muerte, denominado Partido Comunista), la paradigmática revista *Amauta* y la Confederación General de Trabajadores del Perú. En la mencionada revista decía Mariátegui en 1928: “No queremos ciertamente que el socialismo sea en América calco y copia. Debe ser creación heroica. Tenemos que dar vida con nuestra propia realidad, en nuestro propio lenguaje, al socialismo indoamericano”.

En 1995, ante el centenario del nacimiento de Mariátegui, la Fisyp (Fundación de investigaciones sociales y políticas) publicó un volumen de textos dedicados él, firmados por Mario Alderete, Aníbal Quijano, Miguel Mazzeo, Néstor Kohan, Alberto Plá, Ariel Bignami, Julio Gambina y Daniel Campione. De la contribución de Kohan extraemos estas líneas: “Para enfrentar la desbandada ideológica, no se trata de estudiar a Mariátegui como un curioso espécimen disecado. No se trata de hacer arqueología. Por lo menos no con Mariátegui. El desafío es redescubrir la herejía del peruano para seguir combatiendo en las actuales circunstancias contra las nuevas ortodoxias, las nuevas catedrales, los nuevos dogmas. Mariátegui subversivo, ése es el que incomoda a los que se quieren adaptar. Ese es el Mariátegui que nos interesa”.

Cuando se llevó a cabo la Primera Conferencia Comunista Latinoamericana, Mariátegui, enfermo, no pudo participar personalmente, pero sus tesis -incluidas en esta selección- fueron eje de un importante debate donde sus contrincantes principales fueron Victorio Codovilla y J. Humbert-Droz, un bujarinista que representó a la Internacional Comunista.

Con el tiempo (que suele poner orden en muchas cosas, aunque no siempre) los que atacaron las concepciones de Mariátegui en aquella reunión cayeron en el anonimato o en el desprestigio, o ambos. En cambio el legado de Mariátegui, que entonces quedó aislado y hostigado, es recogido hoy por fuerzas revolucionarias y por nuevas generaciones de combatientes en América Latina y en el mundo. En Perú es un referente nacional de masas, y varias fuerzas políticas de izquierda, así como la central obrera, reclaman su ideario. El viraje revolucionario del 16 Congreso de los comunistas argentinos enarbó su nombre junto con

# LA IMAGINACION SUBVERSIVA



los de Marx, Lenin, Gramsci y el Che. Como Gramsci, precisamente, Mariátegui protagonizó un serio esfuerzo por aplicar el marxismo a nuevas épocas y nuevos escenarios nacionales y continentales. Su concepción clasista es la que hoy rescatamos en función de las tareas revolucionarias en nuestro país, en el continen-

te y el mundo. Con esta nueva entrega de *Ediciones Nuestra Propuesta* nos proponemos contribuir a un mejor conocimiento de su vida, de su ejemplo ético y político, y de su obra.

**Ariel Bignami**

# MARIATEGUI Y LOS COMUNISTAS ARGENTINOS

## 1

En el final de la introducción a su obra cumbre: *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, José Carlos Mariátegui anotó lo siguiente: "Otra vez repito que no soy un crítico imparcial y objetivo. Mis juicios se nutren de mis ideales, de mis sentimientos, de mis pasiones. Tengo una declarada y enérgica ambición: la de concurrir a la creación del socialismo peruano. Estoy lo más lejos posible de la técnica profesoral y del espíritu universitario". Salvando las distancias, obvias y comprensibles, yo también quisiera destacar que mis reflexiones sobre la vigencia del pensamiento Mariáteguista no son las de un "pacífico" profesor universitario o las de un neutro historiador de las ideas sociales latinoamericanas, sino las de un militante político, comunista desde 1967. Y debo decir que el lugar desde donde pienso a Mariátegui no es un lugar cómodo: se sabe que los dirigentes del Partido Comunista de la época mantuvieron con él diferencias sustanciales en cuestiones de fondo y que además practicaron contra su obra el método del ocultamiento mediante el sencillo y perverso recurso de ignorarlo. Si la palabra no tuviera tantas implicancias para nosotros, podríamos decir que lo "desaparecieron" del debate, como a tantos otros que no encajaban en la supuesta "ortodoxia" de la Academia de Ciencias de la Urss: Lukács, Luxemburg, Benjamin, y más cercanos el salvadoreño Shafick Jorge Handal o Manuel Piñeyro Lozada, comandante de la Revolución Cubana.

Lo que se sabe menos, de lo que casi no se habla, es sobre la influencia decisiva que tuvo para los comunistas argentinos la recuperación del pensamiento mariáteguista en el proceso de viraje, integral y rotundo, iniciado en el 16 Congreso y que llevó -en palabras de Patricio Echegaray-, a una verdadera refundación del Partido, o dicho de otro modo, a que el actual sea un nuevo Partido Comunista que se reconoce en la tradición iniciada en 1896 con la fundación del Partido Socialista, que valora la fundación del Partido Socialista Internacional de 1918, pero que considera que los cambios iniciados en el 16 Congreso han modificado radicalmente su estrategia, su cultura política y el modo de abordar el marxismo.

## 2

Quisiera arrancar señalando algo obvio, pero que demasiadas veces se deja de lado: Mariátegui era un revolucionario marxista confeso que, por mero ejemplo, escribió en la declaración de principios del Partido Socialista: "La ideología que adoptamos es la del marxismo-leninismo militante y revolucionario, doctrina que aceptamos en todos sus aspectos: filosófico, político y económico social. Los métodos que sostenemos y propugnamos son los del socialismo revolucionario y ortodoxo". Y que los debates que mantiene con el Secretariado Sudamericano de la Internacional Comunista en el marco de la Primera Conferencia de Partidos Comunistas de junio de 1929, a la que no puede asistir por razones de salud, es un debate entre pares, entre revolucionarios que buscan los mejores caminos para abrir paso a la revolución socialista. En el prólogo que Aníbal Quijano escribe a los *Siete Ensayos* para Biblioteca Ayacucho dice que "Mariátegui no fue ciertamente ni el primero ni el único que antes de 1930, contribuyó a la introducción del marxismo en América Latina, y a la educación y organización política de la clase obrera de estos países dentro del socialismo revolucionario. En la misma época, actuaban Recabarren en Chile, Codovilla y Ponce en Argentina, Mella en Cuba, Pereyra en Brasil y las primeras ideas marxistas ya habían comenzado antes a circular en pequeños cenáculos en México, a través de Rhodaknaty y otros. Inclusive, algunos de ellos, pudieron quizás, acceder a un conocimiento intelectual del marxismo más elaborado que el de Mariátegui. ¿Por qué, entonces, cuando todos los demás sólo pueden ser estudiados ante todo por razones históricas, Mariátegui sigue vigente? ¿Por qué, no obstante las insuficiencias y las incongruencias de su



**José Carlos Mariátegui, a los 10 años de edad. Al lado de su hermano Julio César. 1904. Foto Española de A. Gomez Villalobos, Lima. En el reverso manuscrito de Amalia La Chira Vda. de Mariátegui.**

formación de pensador marxista, ocupa un lugar decisivo en nuestro actual debate?", a lo que se contesta más adelante: "al hecho de haber sido, entre todos los que contribuyeron a la implantación del marxismo en la América Latina de su tiempo, el que más profunda y certeramente logró apropiarse -y no importa si de modo más intuitivo que sistemático y elaborado o cruzado con preocupaciones metafísicas- aquello que, como Melis apunta "confiere un valor auténticamente científico (revolucionario pues, A.Q.) al marxismo". Esto es, su calidad de marco y punto de partida para investigar, conocer, explicar, interpretar y cambiar una realidad histórica concreta, desde adentro de ella misma en lugar de ceñirse a la "aplicación" del aparato conceptual marxista como una plantilla clasificatoria y nominadora, adobada de retórica ideológica, sobre una realidad social determinada."

¿Qué es lo que se discutía en aquella reunión de 1929? El carácter de la revolución en América Latina, las fuerzas que pueden abrirle paso, la cuestión indígena, el modo de organización del partido de los revolucionarios y la política de alianzas que se debe desplegar. Mariátegui presenta en dicho evento dos ponencias que por la proximidad con su muerte (solo diez meses antes de ella) pueden considerarse parte de su pensamiento más maduro y complemento armónico de los *Siete Ensayos*: uno es *El problema de las razas en América Latina* y el otro es *Punto de vista Antimperialista*.

## 3

En la primera de ellas expone un balance lapidario sobre la colonización española y su supuesto progreso histórico: "La colonización de la América Latina por la raza blanca no ha tenido en tanto, como es fácil probarlo, sino efectos retardatarios y deprimentes en la vida de las razas indígenas. La evolución natural de éstas ha sido interrumpida por al opresión envilecedora del blanco y del mestizo", para luego definir desde una visión

clasista la dimensión económica-social de la cuestión: "Llamamos problema indígena a la explotación feudal de los nativos en la gran propiedad agraria", y denuncia el papel de las clases propietarias: "Los elementos feudales o burgueses, en nuestros países, sienten por los indios, como por los negros y mulatos, el mismo desprecio que los imperialistas blancos. El sentimiento racial actúa en esta clase dominante en un sentido absolutamente favorable a la penetración imperialista. Entre el señor o el burgués criollo y sus peones de color, no hay nada de común. La solidaridad de clase se suma a la solidaridad de raza o de prejuicio, para hacer de las burguesías nacionales instrumentos dóciles del imperialismo yanqui o británico".

Y lejos de cualquier idealización, aunque más lejos de la subestimación, de las posibilidades de la liberación de los indios, afirma: "Las posibilidades de que el indio se eleve material e intelectualmente dependen del cambio de las condiciones económico-sociales. No están determinadas por la raza sino por la economía y la política. La raza, por sí sola, no ha despertado ni despertaría al entendimiento de una idea emancipadora. Sobre todo, no adquiriría nunca el poder de imponerla y realizarla", por lo que propugna la incorporación de los indios a la lucha revolucionaria a pesar de que "la barrera del idioma se interpone entre las masas campesina indias y los núcleos obreros revolucionarios de raza blanca o mestiza. Pero a través de propagandistas indios, la doctrina socialista, por la naturaleza de sus reivindicaciones, arraigará prontamente en las masas indígenas", porque él piensa que "el realismo de una política socialista segura, y precisa en la apreciación y utilización de los hechos sobre los cuales le toca actuar en estos países, puede y debe convertir el factor raza en factor revolucionario". Y concluye la ponencia con un pronóstico que hoy se pone a prueba en Chiapas, en Ecuador, en Bolivia, en el mismo Perú y la América nuestra toda: "Una conciencia revolucionaria indígena tardará quizás en formarse; pero una vez que el indio haya hecho suya la idea socialista, le servirá con una disciplina, una tenacidad y una fuerza, en la que pocos proletarios de otros medios podrán aventajarlo".

Por este enfoque sobre la cuestión indígena, y su valoración del comunismo primitivo de los incas, Mariátegui va a ser acusado de romántico, en el sentido peyorativo de buscar en un pasado, imposible de retornar, la solución a los problemas actuales. Michel Lowy en un estudio del marxismo romántico publicado en la revista *América Libre* de abril de 1993 hace una defensa del romanticismo revolucionario de Mariátegui. Caracteriza al romanticismo como la crítica de la sociedad burguesa moderna a partir de



**José Carlos Mariátegui, con su hermano Julio César, Angela Ramos, Carlos A. Velásquez, su hijo Sandro y Ricardo Martínez de la Torre, en la Fiesta del Arbol, Vitarte 1929.**



**Foto de su credencial de prensa como corresponsal de *El Tiempo* en Italia - 1921**

valores sociales, culturales, éticos, estéticos o religiosos precapitalistas y reconoce en él un amplio rango de variedades desde el conservador al revolucionario. Afirma que los propios Marx y Engels son parte de dicha tradición al concebir el comunismo moderno como el restablecimiento de ciertos rasgos de las comunidades primitivas, por supuesto que en las nuevas condiciones del desarrollo social y económico. En una carta de Marx a Vera Zasúlich, en 1881, se afirma que la abolición del capitalismo significará el regreso de las sociedades modernas al tipo "arcaico" de propiedad comunal, un renacimiento del tipo de sociedad arcaico bajo una forma superior. Lowy afirma que desde fines del siglo 19º hay dos tendencias en el marxismo: una es la corriente positivista y evolucionista de Plejanov, Kautsky, la 2ª y la 3ª internacionales bajo la hegemonía de Stalin, en la que se piensa al socialismo como continuación y coronamiento de la civilización industrial burguesa desde un determinismo que mucho tiene de positivismo. La otra es la romántica revolucionaria que critica las ilusiones del progreso y formula una dialéctica utópica revolucionaria. Mariátegui y el Che, dos de los máximos exponentes del marxismo latinoamericano, se inscriben nítidamente en dicha tradición.

Mucho se ha escrito de la batalla de Mariátegui contra el positivismo, que se fundamenta en el papel de dicha doctrina en la justificación -en nombre del progreso y la modernización- del sistema de dominación liberal burgués del presidente peruano Leguía (1919/1930) que él sufrió en carne propia durante casi toda su vida política activa, y en lucha contra quien apeló a todas las armas disponibles, incluidas algunas provistas por el idealismo de Bergson, poco se ha pensado en que, a la inversa, es la aceptación pasiva del positivismo por parte de los fundadores de la tradición marxista entre nosotros una de las causas profundas de los límites que nos atenazaron tempranamente y que desembocarían en que en aquellos debates del 29 quedáramos del otro lado que Mariátegui.

También dirá Mariátegui: "A Lenin se le atribuye una frase que enaltece Unamuno en su *La agonía del cristianismo*: la que pronunciara una vez, contradiciendo a alguien que le observaba que su esfuerzo iba contra la realidad: ¡Tanto peor para la realidad! El marxismo, donde se ha mostrado revolucionario -vale decir donde ha sido marxismo- no ha obedecido nunca a un determinismo pasivo y rígido" desde un perfil antipositivista que conviene destacarse porque, así como la izquierda marxista de principios de siglo estuvo fuertemente inficionada por el positivismo y el liberalismo, desde la derrota estratégica de 1976 la izquierda

ha estado afectada fundamentalmente por el posibilismo que nos ha atacado en cuatro oleadas: la del alfonsinismo de 1983, la de la supuesta renovación del peronismo de 1987, la del chachismo que frustró al Frente Grande en 1997 y la actual de Kirchner, que de algún modo asume y continúa a todas ellas. Mariátegui confiaba en la fuerza moral de los revolucionarios, y su visión del papel del mito es equiparable, en mi opinión, a la noción de factor subjetivo que años más tarde practicaría el Che. Los dos valoran altamente la subjetividad como esfera de disputa del poder y como ámbito de construcción de fuerza revolucionaria.

## 4

Como dice Mariátegui en su *Punto de vista antimperialista*: "(...) las burguesías nacionales, que ven en la cooperación con el imperialismo la mejor fuente de provechos, se sienten lo bastante dueñas del poder político para no preocuparse seriamente de la soberanía nacional y que por ello no tienen ninguna predisposición a admitir la necesidad de luchar por la segunda independencia", como sostenían el Apra de Haya de la Torre y el Secretariado Sudamericano de la Internacional Comunista y la delegación argentina encabezada por Codovilla y Paulino González Alberdi. Se niega a aceptar el tratamiento de Nuestra América con el molde de las colonias asiáticas o africanas como propone el Secretariado Sudamericano de la Internacional, por boca de su secretario Humbert Droz: "Los países de América Latina, a pesar de su independencia política formal, son países semicoloniales, los cuales deben ser examinados del punto de vista de nuestra táctica en los países coloniales y semicoloniales", por lo que el "el movimiento revolucionario en América Latina puede ser caracterizado como una revolución campesina y antimperialista" y, en consecuencia, "entra en la categoría de lo que se ha convenido en llamar una revolución democrático burguesa".

Mariátegui responde: "Pretender que en esta capa social prenda un sentimiento de nacionalismo revolucionario, parecido al que en condiciones distintas representa un factor de lucha antimperialista en los países semicoloniales avasallados por el imperialismo en los últimos decenios en Asia, sería un grave error". "El antimperialismo, admitido que pudiese movilizar al lado de las masas obreras y campesinas, a la burguesía y pequeña burguesía nacionalistas (ya hemos negado terminantemente esa posibilidad) no anula el antagonismo entre las clases, no suprime su diferencia de intereses (...) El asalto del poder por el antimperialismo, como movimiento demagógico populista, si fuese posible, no representaría nunca la conquista del poder por las masas proletarias, por el socialismo".

Enfrenta Mariátegui decididamente la concepción de que hay que completar el desarrollo capitalista en América Latina, concepción que se defendía en el Partido Comunista argentino todavía en 1942 del siguiente modo: "Nosotros, comunistas, estamos dispuestos a no plantear ninguna demanda política o social que trabe o impida el desarrollo libre y progresista del capitalismo. Por desarrollo progresista entendemos un desarrollo que impulse y vivifique los recursos naturales del país y que tome en consideración sus intereses y, en particular, los de su población laboriosa", en palabras de su secretario Arnedo Alvarez. Culto al progreso, capitalismo "normal", nada nuevo bajo el sol como se ve hoy en los transversales kirchneristas.

Por el contrario, ya en 1929 Mariátegui escribe que "la creación de la pequeña propiedad, la expropiación de los latifundios, la liquidación de los privilegios feudales, no son contrarios a los intereses del imperialismo, de un modo inmediato. Por el contrario, en la medida en que los rezagos de feudalidad entran en el desenvolvimiento de una economía capitalista, ese movimiento de liquidación de la

feudalidad, coincide con las exigencias del crecimiento capitalista, promovido por las inversiones y los técnicos del imperialismo: que desaparezcan los grandes latifundios, que en su lugar se constituya una economía agraria basada en lo que la demagogia burguesa llama la "democratización" de la propiedad del suelo, que las viejas aristocracias se vean desplazadas por una burguesía y una pequeña burguesía más poderosa e influyente -y por lo mismo más apta para garantizar la paz social- nada de esto es contrario a los intereses del imperialismo". Y por ello, afirma "...nuestra misión es explicar y demostrar a las masas que sólo la revolución socialista opondrá al avance del imperialismo una valla definitiva y verdadera". Y concluye con una síntesis brillante: "...somos antimperialistas porque somos marxistas, porque somos revolucionarios, porque oponemos al capitalismo el socialismo como sistema antagónico, llamado a sucederlo, porque en la lucha contra los imperialismos extranjeros cumplimos nuestros deberes de solidaridad con las masas revolucionarias de Europa".

Ahora bien, ¿cómo es que se llega a conclusiones contrapuestas sobre la misma realidad en discusión por parte de gente que tiene los mismos propósitos? Porque Mariátegui llega a las conclusiones expuestas después de estudiar apasionadamente la historia del Perú y la realidad económica, social y cultural de los explotados y humillados de su tierra (cuatro millones de indios sobre cinco millones de peruanos) y Humbert Droz, y quienes lo apoyaban, recorren el camino inverso: trasladan un esquema supuestamente válido para los países asiáticos a un continente desconocido. Para Mariátegui el marxismo es una herramienta interpretativa, una guía para la acción; para Droz y Codovilla, una ideología omnipotente con respuestas para todo, aun para lo no estudiado. Mariátegui analiza el sistema de dominación vigente en la época desde una perspectiva histórica: así va a demostrar que la república (fruto de la independencia) va a contener rasgos de continuidad del virreinato y éste de la conquista de América por la España colonialista. "La revolución americana, en vez del conflicto entre la nobleza terrateniente y la burguesía comerciante, produjo en muchos casos su colaboración, ya por la impregnación de ideas liberales que acusaba la aristocracia, ya porque ésta en muchos casos no veía en esa revolución sino un movimiento de emancipación de la corona de España. La población campesina, que en el Perú era indígena, no tenía en la revolución una presencia directa, activa. El programa revolucionario no representaba sus reivindicaciones". Es desde el análisis de la historia americana que Mariátegui va a negar potencialidad revolucionaria a las capas nativas de la burguesía (la así llamada burguesía nacional) que nació pactando con la oligarquía y creció del brazo del imperialismo, británico primero, yanqui después. Es en la historia que Mariátegui encuentra razones para que el socialismo tenga raíces america-



**José Carlos Mariátegui alrededor de la mesa del Restaurant *Campestre Il Piccolo Eden* de la ciudad de Nervi (Genova)**

nas y por ello clamará "No queremos, ciertamente, que el socialismo sea en América calco y copia. Debe ser creación heroica. Tenemos que dar vida, con nuestra propia realidad, en nuestro propio lenguaje, al socialismo in-



Anna Chiappe y José Carlos Mariátegui. Patio de la Casa de Washington. Foto de José Malanca, Lima, 1929

doamericano. He aquí una misión digna de una generación nueva”.

Y ese llamado es el que escucharon los comunistas que protagonizaron el viraje del Partido Comunista iniciado desde el análisis de un hecho puntual: el apoyo a la fórmula del Partido Justicialista en las elecciones de 1983, culminación de una larga serie de actos de seguidismo a fracciones civiles o militares de la burguesía. Una vez roto el mito de la infalibilidad de las direcciones, el debate fue abordando todos y cada uno de los problemas acumulados en tantos años: del análisis del hecho electoral a la táctica durante la dictadura militar, luego al debate sobre el peronismo y de allí al Congreso del 29 para comprender que no se podía discutir la política sin poner en cuestión el modo de comprender el marxismo. En cada uno de estos debates, la lectura de Mariátegui fue decisiva en la comprensión del carácter de la revolución que madura en América Latina, socialista y con tareas de liberación nacional, sin dudar; en la descalificación de la vulgata del concepto de burguesía nacional que encadenado a la lucha por la revolución democrática burguesa y la subordinación de cada destacamento revolucionario nacional a la táctica de salvar el socialismo real, nos llevó a la Unión Democrática en 1946 y que hoy lleva a los herederos de aquella deformación teórica a apoyar el gobierno de Kirchner; en la valoración del carácter específico del desarrollo histórico de América Latina al que hemos calificado como el “continente de la esperanza” en 1990 cuando tantos abandonaban el campo de la revolución para subirse al carro de los supuestos vencedores; en la comprensión de que la lucha por la revolución se hace más desde el corazón y los sentimientos que desde el bolsillo y el estomago; y acaso más que nada en esa lección extraordinaria del Mariátegui que se para frente a la realidad y la mira como un desafío a transformar, nunca como un muro imposible de derribar.

El Mariátegui que nosotros vemos vigente es el de la lucha por el socialismo que lleva adelante el pueblo cubano, el de la Revolución Bolivariana en Venezuela, el del desafío al poder que protagonizan las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, el de la búsqueda de caminos propios para construir poder popular en Brasil, Bolivia, Uruguay y casi toda Nuestra América. Y con toda humildad creemos que la recuperación del Che y de Mariátegui por parte de los revolucionarios argentinos es un buen antídoto para tanta predica posibilista y de claudicación que emana de las lujosas usinas de la Tercera Vía, la antítesis más absoluta de dicho pensamiento.

José Ernesto Schulman

## Punto de vista antimperialista

Tesis presentada a la Primera Conferencia Comunista Latinoamericana (Buenos Aires, junio de 1929).

1°- ¿Hasta qué punto puede asimilarse la situación de las repúblicas latinoamericanas a la de los países semicoloniales? La condición económica de esas repúblicas es, sin duda, semicolonial, y, a medida que crezca su capitalismo y, en consecuencia, la penetración imperialista, tiene

que acentuarse este carácter de su economía. Pero las burguesías nacionales, que ven en la cooperación con el imperialismo la mejor fuente de provechos, se sienten lo bastante dueñas del poder político para no preocuparse seriamente de la soberanía nacional. Estas burguesías, en Sudamérica, que no conoce todavía, salvo Panamá, la ocupación militar yanqui, no tienen ninguna predisposición a admitir la necesidad de luchar por la segunda independencia, como suponía ingenuamente la propaganda aprista. El estado, o mejor la clase dominante, no echa de menos un grado más amplio y cierto de autonomía nacional. La revolución de la independencia está relativamente demasiado próxima, sus mitos y símbolos demasiado vivos, en la conciencia de la burguesía y la pequeña burguesía. La

ilusión de la soberanía nacional se conserva en sus principales efectos. Pretender que en esta capa social prenda un sentimiento de nacionalismo revolucionario, parecido al que en condiciones distintas representa un factor de la lucha antimperialista en los países semicoloniales avasallados por el imperialismo en los últimos decenios en Asia, sería un grave error.

Ya en nuestra discusión con los dirigentes del aprismo, reprobando su tendencia a proponer a la América Latina un Kuo Min Tang, como modo de evitar la imitación europea y acomodar la acción revolucionaria a una apreciación exacta de nuestra propia realidad, sosteníamos hace más de un año la siguiente tesis:



José Carlos Mariátegui y sus cuatro hijos, Lima, 1929

“La colaboración con la burguesía, y aun de muchos elementos feudales, en la lucha antimperialista china, se explica por razones de raza, de civilización nacional que entre nosotros no existen. El chino noble o burgués se siente entrañablemente chino. Al desprecio del blanco por su cultura estratificada y decrepita, corresponde con el desprecio y el orgullo de su tradición milenaria. El antimperialismo en la China puede, por tanto, descansar en el sentimiento y en el factor nacionalista. En Indoamérica las circunstancias no son las mismas. La aristocracia y la burguesía criollas no se sienten solidarizadas con el pueblo por el lazo de una historia y de una cultura comunes. En el Perú, el aristócrata y el burgués blancos, desprecian lo popular, lo nacional. Se sienten, ante todo, blancos. El pequeño burgués mestizo imita este ejemplo. La burguesía limeña fraterniza con los capitalistas yanquis, y aun con sus simples empleados, en el Country Club, en el Tennis y en las calles. El yanqui desposa sin inconveniente de raza ni de religión a la señorita criolla, y ésta no siente escrúpulos de nacionalidad ni de cultura en preferir el matrimonio con un individuo de la raza invasora. Tampoco tiene este escrúpulo la muchacha de la clase media. La “huchafita” que puede atrapar un yanqui empleado de Grace o de la Foundation lo hace con la satisfacción de quien siente elevarse su condición social. El factor nacionalista, por estas razones objetivas que a ninguno de ustedes

escapa seguramente, no es decisivo ni fundamental en la lucha antimperialista en nuestro medio. Sólo en los países como la Argentina, donde existe una burguesía numerosa y rica, orgullosa del grado de riqueza y poder en su patria, y donde la personalidad nacional tiene por estas razones contornos más claros y netos que en estos países retardados, el antimperialismo puede (tal vez) penetrar fácilmente en los elementos burgueses; pero por razones de expansión y crecimiento capitalistas y no por razones de justicia social y doctrina socialista como es nuestro caso”.

La traición de la burguesía china, la quiebra del Kuo Min Tang, no eran todavía conocidas en toda su magnitud. Un conocimiento capitalista, y no por razones de justicia social y doctrinaria, demostró cuán poco se podía confiar, aun en países como la China, en el sentimiento nacionalista revolucionario de la burguesía.

Mientras la política imperialista logre “manéger” los sentimientos y formalidades de la soberanía nacional de estos estados, mientras no se vea obligada a recurrir a la intervención armada y a la ocupación militar, contará absolutamente con la colaboración de las burguesías. Aunque enfeudados a la economía imperialista, estos países, o más bien sus burguesías, se considerarán tan dueños de sus destinos como Rumania, Bulgaria, Polonia y demás países “dependientes” de Europa.

Este factor de la psicología política no debe ser descuidado en la estimación precisa de las posibilidades de la acción antimperialista en la América Latina. Su relegamiento, su olvido, ha sido una de las características de la teorización aprista.

2°- La divergencia fundamental entre los elementos que en el Perú aceptaron en principio el Apra - como un plan de frente único, nunca como partido y ni siquiera como organización en marcha efectiva - y los que fuera del Perú la definieron luego como un Kuo Min Tang latinoamericano, consiste en que los primeros permanecen fieles a la concepción económico-social revolucionaria del antimperialismo, mientras que los segundos explican así su posición: “Somos de izquierda (o socialistas) por-

que somos antimperialistas”. El antimperialismo resulta así elevado a la categoría de un programa, de una actitud política, de un movimiento que se basta a sí mismo y que conduce, espontáneamente, no sabemos en virtud de qué proceso, al socialismo, a la revolución social. Este concepto lleva a una desorbitada superestimación del movimiento antimperialista, a la exageración del mito de la lucha por la “segunda independencia”, al romanticismo de que estamos viviendo ya las jornadas de una nueva emancipación. De aquí la tendencia a reemplazar las ligas antimperialistas con un organismo político. Del Apra, concebida inicialmente como frente único, como alianza popular, como bloque de clases oprimidas, se pasa al Apra definida como el Kuo Min Tang latinoamericano.

El antimperialismo, para nosotros, no constituye ni puede constituir, por sí solo, un programa político, un movimiento de masas apto para la conquista del poder. El antimperialismo, admitido que pudiese movilizar al lado de las masas obreras y campesinas, a la burguesía y pequeña burguesía nacionalistas (ya hemos negado terminantemente esta posibilidad) no anula el antagonismo entre las clases, no suprime su diferencia de intereses.

Ni la burguesía, ni la pequeña burguesía en el poder pueden hacer una política antimperialista. Tenemos la experiencia de México, donde la pequeña burguesía ha acabado por pactar con el imperialismo yanqui. Un gobierno

“nacionalista” puede usar, en sus relaciones en los Estados Unidos, un lenguaje distinto que el gobierno de Leguía en el Perú. Este gobierno es francamente, desenfadadamente panamericanista, monoísta; pero cualquier otro gobierno burgués haría, prácticamente, lo mismo que él, en materia de empréstitos y concesiones. Las inversiones del capital extranjero en el Perú crecen en estrecha y directa relación con el desarrollo económico del país, con la explotación de sus riquezas naturales, con la población de su territorio, con el aumento de las vías de comunicación. ¿Qué cosa puede oponer a la penetración capitalista la más demagógica pequeña burguesía? Nada, sino palabras. Nada, sino una temporal borrachera nacionalista. El asalto del poder por el antimperialismo, como movimiento demagógico populista, si fuese posible, no representaría nunca la conquista del poder por las masas proletarias, por el socialismo. La revolución socialista encontraría su más encarnizado y peligrosos enemigo -peligroso por su confusionismo, por la demagogia-, en la pequeña burguesía afirmada en el poder, ganado mediante sus voces de orden.

Sin prescindir del empleo de ningún elemento de agitación antimperialista, ni de ningún medio de movilización de los sectores sociales que eventualmente pueden concurrir a esta lucha, nuestra misión es explicar y demostrar a las masas que sólo la revolución socialista opondrá al avance del imperialismo una valla definitiva y verdadera.

**3°**- Estos hechos diferencian la situación de los países sudamericanos de la situación de los países centroamericanos, donde el imperialismo yanqui, recurriendo a la intervención armada sin ningún reparo, provoca una reacción patriótica que puede fácilmente ganar al antimperialismo a una parte de la burguesía y la pequeña burguesía. La propaganda aprista, conducida personalmente por Haya de la Torre, no parece haber obtenido en ninguna otra parte de América mayores resultados. Sus prédicas confusionistas y mesiánicas, que, aunque pretenden situarse en el plano de la lucha económica, apelan, en realidad, particularmente a los factores raciales y sentimentales, reúnen las condiciones necesarias para impresionar a la pequeña burguesía intelectual. La formación de partidos de clase y poderosas organizaciones sindicales, con clara conciencia clasistas, no se presenta destinada en esos países al mismo desenvolvimiento inmediato que en Sud América. En nuestros países el factor clasista es más decisivo, está más desarrollado. No hay razón para recurrir a vagas fórmulas populistas tras de las cuales no pueden dejar de prosperar tendencias reaccionarias. Actualmente el aprismo, como propaganda, está circunscripto a Centro América; en Sud América, a consecuencia de la desviación populista, caudillista, pequeño-burguesa, que lo definía como Kuo Min Tang latinoamericano, está en una etapa de liquidación total. Lo que resuelva al respecto el próximo Congreso Antimperialista de París, cuyo voto tiene que definir la unificación de los organismos antimperialistas y establecer la distinción entre las plataformas y agitaciones antimperialistas y las tareas de la competencia de los partidos de clase y las organizaciones sindicales, pondrá término absolutamente a la cuestión.

**4-** ¿Los intereses del capitalismo imperialista coinciden necesaria y fatalmente en nuestros países con los intereses feudales y semif feudales de la clase terrateniente? ¿La lucha contra la feudalidad se identifica forzosa y completamente con la lucha antimperialista? Ciertamente; el capitalismo imperialista utiliza el poder de la clase feudal, en tanto que la considera la clase políticamente dominante. Pero, sus intereses económicos no son los mismos. La pequeña burguesía, sin exceptuar a la más demagógica, si atenúa en la práctica sus impulsos más marcadamente nacionalistas, puede llegar a la misma estrecha alianza con el capitalismo imperialista. El capital financiero se sentirá más seguro, si el poder está en manos de una clase social más numerosa, que, satisfaciendo ciertas reivindicaciones apremiosas y estorbando la orientación clasista de las masas, está en mejores condiciones que la vieja y odiada clase feudal de defender los intereses del capitalismo, de ser su custodio y su ujier. La creación de la pequeña propiedad, la expropiación de los latifundios, la liquidación de los privilegios feudales, no son contrarios a los intereses del imperialismo, de un modo inmediato. Por el contrario, en la medida en que los rezagos de feudalidad entraban el desenvolvimiento de una economía capitalista, ese movimiento de la liquidación de la feudalidad coin-

cide con las exigencias del crecimiento capitalista, promovido por las inversiones y los técnicos del imperialismo; que desaparezcan los grandes latifundios, que en su lugar se construya una economía agraria basada en lo que la demagogia burguesa llama la “democratización” de la propiedad del suelo, que las viejas aristocracias se vean desplazadas por una burguesía más poderosa e influyente - y por lo mismo más apta para garantizar la paz social, nada de esto es contrario a los intereses del imperialismo. En el Perú, el régimen leguista, aunque tímido en la práctica ante los intereses de los latifundistas y gamonales, que en gran parte le prestan su apoyo, no tiene ningún inconveniente en recurrir a la demagogia, en reclamar contra la feudalidad y sus privilegios, en tronar contra las antiguas oligarquías, en promover la distribución del suelo que hará de cada peón agrícola un pequeño propietario. De esta demagogia saca el leguismo, precisamente, sus mayores fuerzas. El leguismo no se atreve a tocar la gran propiedad. Pero el movimiento natural del desarrollo capitalista -obras de irrigación, explotación de nuevas minas, etcétera- va contra los intereses y privilegios de la feudalidad. Los latifundistas, a medida que crecen las áreas cultivables, que surgen nuevos focos de trabajo, pierden su principal fuerza: la disposición absoluta e incondicional de la mano de obra. En Lambayeque, donde se efectúan actualmente obras de regadío, la actividad capitalista de la comisión técnica que las dirige, y que preside un experto norteamericano, el ingeniero Sutton, ha entrado prontamente en conflicto con las conveniencias de los grandes terratenientes feudales. Estos grandes terratenientes son, principalmente, azucareros. La amenaza de que se les arrebatase el monopolio de la tierra y del agua, y con él el medio de disponer a su anotojo de la población de trabajadores saca de quicio a esta gente y la empuja a una actitud que el gobierno, aunque muy vinculado a muchos de sus elementos, califica de subversiva o antigubernista. Sutton tiene las características del hombre de empresa capitalista norteamericano. Su mentalidad, su trabajo, chocan al espíritu feudal de los latifundistas. Sutton ha establecido, por ejemplo, un sistema de distribución de las aguas, que reposa en el principio de que el dominio de ellas pertenece al estado; los latifundistas consideraban el derecho sobre las aguas anexo a su derecho sobre la tierra. Según su tesis, las aguas eran suyas; eran y son propiedad absoluta de sus fundos.

**5°**- ¿Y la pequeña burguesía, cuyo papel en la lucha contra el imperialismo se superestima tanto, es como se dice, por razones de explotación económica, necesariamente opuesta a la penetración imperialista? La pequeña burguesía es, sin duda, la clase social más sensible al prestigio de los mitos nacionalistas. Pero el hecho económico que domina la cuestión, es el siguiente: en países de pauperismo español, donde la pequeña burguesía, por sus arraigados prejuicios de decencia, se resiste a la proletarianización; donde ésta misma, por la miseria de los salarios no tiene fuerza económica para transformarla en parte en clase obrera; donde imperan la empleomanía, el recurso al pequeño puesto del estado, la caza del sueldo y del puesto “decente”; el establecimiento de grandes empresas que, aunque explotan enormemente a sus empleados nacionales, representan siempre para esta clase un trabajo mejor remunerado, es recibido y considerado favorablemente por la gente de clase media. La empresa yanqui representa mejor sueldo, posibilidad de ascensión, emancipación de la empleomanía del estado, donde no hay porvenir sino para los especuladores. Este hecho actúa, con una fuerza decisiva, sobre la conciencia del pequeño burgués, en busca o en goce de un puesto. En estos países, de pauperismo español, repetimos, la situación de las clases medias no es la constatada en los países donde estas clases han pasado un período de libre concurrencia, de crecimiento capitalista propicio a la iniciativa y al éxito individuales, a la opresión de los grandes monopolios.

En conclusión, somos antimperialistas, porque somos marxistas, porque somos revolucionarios, porque oponemos al capitalismo el socialismo como sistema antagónico, llamado a sucederlo, porque en la lucha contra los imperialismos extranjeros cumplimos nuestros deberes de solidaridad con las masas revolucionarias de Europa.

## Antecedentes y desarrollo de la acción clasista

*Escrito para el Congreso Constituyente de la Confederación Sindical Latinoamericana, Montevideo, mayo de 1929.*

Las primeras manifestaciones de propaganda ideológica revolucionaria son en el Perú las que suscita, a principios del siglo actual, el pensamiento radical de González Prada. Poco después de que González Prada se separa definitivamente de la política, fracasado el intento del Partido Radical, aparecen los primeros grupos libertarios. Algunos obreros, que se interesan por estas ideas entran en contacto con González Prada, a quien su decepción en la lucha política empuja a una posición anárquica. Se constituyen pequeñas agrupaciones libertarias que se limitan a iniciar la propaganda de sus ideas, sin proponerse por el momento ninguna otra acción. González Prada colabora, con seudónimo o sin firma, en eventuales hojas acráatas: *Los Parias*, *El Hambriento*. Algunos radicales y masones, amigos de González Prada, simpatizan con esta propaganda, sin comprometerse de frente en ella. Aparecen otras hojas efímeras: *Simiente Roja*, etcétera. La única que llega a adquirir permanencia es *La Protesta* que da su nombre al primer grupo anárquico de acción persistente.

La Federación de Panaderos Estrella del Perú, se presenta como el primer gremio en el cual influyen las ideas revolucionarias. Es en una actuación de los panaderos donde González Prada pronuncia, el 1° de Mayo de 1905, su discurso sobre los intelectuales y el proletariado, reproducido en el N° 8 de *Labor*.

El movimiento billinghurstiano obtiene la adhesión de algunos elementos participantes en estas escaramuzas ideológicas; el más importante de ellos es un ex libertario, Carlos del Barzo, artesano que más tarde interviene en el intento de organización de un Partido Socialista y que figura alguna vez como candidato obrero a una diputación por Lima. El billinghurstismo tuvo a su lado, asimismo, al líder de las huelgas portuarias de esa época, Fernando Vera; pero, al asimilárselo, hizo de él un “capitulero”. Bajo el gobierno de Billinghurst el mutualismo amarillo, al servicio de todos los gobiernos se prestó a una actitud de cordialidad con los obreros chilenos. Una comisión de estas sociedades obreras, auspiciada por el gobierno, visitó Chile, donde se cambiaron entre representantes más o menos falsos de uno y otro proletariado palabras de reconciliación y amistad. El grupo anárquico del Perú que trabajaba entonces por dar vida a una Federación Regional Obrera Peruana envió a Chile, desconociendo a la delegación oficial, visaada por el billinghurstismo, al obrero Otazú, que en el país del sur fue recibido por trabajadores de la misma filiación. Se puede decir, pues, que las primeras manifestaciones de internacionalismo de los peruanos corresponde a este tiempo. Y hay que tener siempre en cuenta, en el primer caso, su carácter de manifestaciones conectadas con la política de la cancillería, en tratos con la de Chile para arreglar la cuestión de Tacna y Arica.

Derribado Billinghurst, contra el gobierno militar de Benavides, González Prada publica un semanario: *La Lucha*; y Carlos del Barzo, *El Motín*; pero ambos periódicos representan sólo una protesta contra el régimen militar, una requisitoria contra sus abusos. Por la filiación ideológica de sus directores, cabe sin embargo relacionarlos con el movimiento social. Del Barzo sufre prisión y deportación; y González Prada un juicio de imprenta.

Bajo el gobierno de Pardo, los efectos de la guerra europea en la situación económica influyen en la agitación social y en el orientamiento ideológico. Un grupo sindicalista predomina sobre los acráatas en la labor entre las masas. Barzo dirige algunas huelgas de zapateros y organiza el sindicato de trabajadores de esta industria en la capital. La propaganda anarco-sindicalista penetra en la campaña de Huacho, produciendo una agitación sangrientamente reprimida por las autoridades de Pardo. La lucha por las ocho horas en 1918 consiente a los anarco-sindicalistas llevar su propaganda a las masas en forma intensa. El gremio textil, animador la lucha, adquiere un papel influyente en la acción clasista. Son ya varios los estudiantes que han entrado en relación con los grupos obreros avan-

zados. Frente a la lucha por las ocho horas se produce una declaración oficial de la Federación de Estudiantes de simpatía con las reivindicaciones obreras. La masa de los estudiantes no tenía la menor idea del alcance de estas reivindicaciones y creía que el papel de los universitarios era el de orientar y dirigir a los obreros.

En este tiempo, se inicia en la redacción del diario opositor *El Tiempo*, muy popular entonces, un esfuerzo por dar vida a un grupo de propaganda y concentración socialistas. La dirección del periódico, ligada a los grupos políticos de oposición, es extraña a este esfuerzo, que representa exclusivamente el orientamiento hacia el socialismo de algunos jóvenes escritores, ajenos a la política, que tienden a imprimir a las campañas del diario un carácter social. Estos escritores son César Falcón, José Carlos Mariátegui, Humberto del Aguila y algún otro que, unidos a otros jóvenes intelectuales afines, publican a mediados de 1918 una revista de combate: *Nuestra Epoca*. Un artículo antiarmamentista de Mariátegui provoca una violenta protesta de los oficiales del ejército que, en numeroso grupo, invaden la redacción de *El Tiempo* donde trabaja el articulista para agredirlo. *Nuestra Epoca* no trae un programa socialista, pero aparece como un esfuerzo ideológico y propagandístico en este sentido. A los dos números, cesa de publicarse, desaprobada por la empresa periodística a la que prestan sus servicios sus principales redactores; pero éstos prosiguen en sus gestiones por crear un Comité de Propaganda Socialista. Se une a ellos otro redactor de *El Tiempo*, Luis Ulloa, procedente del antiguo Partido Radical, quien con motivo de sus campañas periodísticas contra los "hambreadores del pueblo" se relaciona con los sindicalistas. Se constituye el Comité con la adhesión de Del Barzo y algunos obreros próximos a él y de los dos grupos de estudiantes, (ya profesionales algunos) que han tomado parte hasta entonces en agitación obrera. El grupo tiende a asimilarse todos los elementos capaces de reclamarse del socialismo sin exceptuar aquellos que provienen del radicalismo gonzález-pradista y se conservan fuera de los partidos políticos. Una parte de los elementos que lo componen, dirigida por Luis Ulloa, se propone la inmediata transformación del grupo en partido; la otra parte, en la que se cuentan precisamente los iniciadores de su fundación, sostienen que debe ser mantenido como Comité de Propaganda y Organización Socialistas, mientras su presencia no tenga arraigo en las masas. El período no es propio para la organización socialista; algunos de los elementos del comité redactan un periódico: *Germinal*, que adhiere al movimiento leguista; Mariátegui, Falcón y sus compañeros se separan, finalmente, del grupo que acuerda su aparición como partido el 1° de Mayo de 1919.

Al mismo tiempo que estas gestiones, algunos elementos procedentes del billinghurstismo y otros, por cuenta de un ex demócrata, presunto candidato a la presidencia de la república, efectúan otras por crear un Partido Obrero. Propuesta al comité socialista la fusión de ambos grupos, la rechaza. El acto inaugural del Partido es fijado para el 1° de Mayo de 1918; pero reunida una asamblea popular, convocada por los promotores de este partido en un teatro de la capital, Gutarra orador sindicalista denuncia la trastienda política y eleccionaria de sus gestiones y saca a la multitud a la calle en son de demostración clasista.

La tentativa de partido socialista fracasa porque a la manifestación del 1° de Mayo de 1919 sigue la gran huelga general del mismo mes en la que los dirigentes de ese grupo evitan toda acción, abandonando a las masas y, tomando, más bien, una actitud contraria a su acción revolucionaria. Ausente Luis Ulloa del país y muerto Carlos del Barzo, el comité del partido se disuelve sin dejar huella alguna de su actividad en la conciencia obrera.

El movimiento estudiantil de la Reforma Universitaria acerca, en la misma forma que en otros países latinoamericanos, la vanguardia estudiantil al proletariado. El Primer Congreso de Estudiantes del Cuzco, celebrado en 1919, acuerda la creación de las universidades populares; y en 1921 el grupo de vanguardia de este congreso, encabezado por Haya de la Torre, funda la Universidad Popular González Prada en Lima y Vitarte. El Congreso Obrero de Lima aprueba un voto de adhesión a la obra de cultura popular de estas universidades. Pero los obreros no confían mucho en la perseverancia de los estudiantes; y para no suscitar ningún recelo, las universidades populares se abstienen de todo trabajo de orientación ideológica del proletariado. De otro lado, la mayoría de los estudiantes de

las universidades populares carece de esta orientación; en lo tocante a la cuestión social va a aprender, más bien que a enseñar, al lado del proletariado. Un cambio se inicia con la acción del 23 de Mayo, dirigida y animada por la Universidad Popular con el concurso de los obreros organizados. Mariátegui regresa en este tiempo de Europa con el propósito de trabajar por la organización de un partido de clase. Las universidades populares, que están en su apogeo, con motivo de las jornadas del 23 de Mayo, le ofrecen su tribuna y él la acepta. Desarrolla un curso de conferencias sobre la crisis mundial, en la que explica el carácter revolucionario de esta crisis. Los anarquistas se muestran hostiles a esta propaganda, sobre todo por la defensa de la Revolución Rusa a que en parte se contrae; pero Mariátegui obtiene la solidaridad de la Universidad Popular y de sus adherentes más entusiastas de las organizaciones obreras. Como órgano de la juventud libre, pero más exactamente de las universidades populares comienza a publicarse en abril de 1923 *Claridad*. Su orientación es "clartista"; corresponde, sobre todo, al espíritu de la agitación estudiantil. Deportado Haya de la Torre, con ocasión del descubrimiento de una conspiración de los partidarios de don Germán Leguía y Martínez, que sirve de pretexto para castigar su acción del 23 de Mayo acusándole falsamente de relación con políticos del viejo régimen, en los días en que se cae el N° 4 de *Claridad*, Mariátegui asume su dirección. El N° 5 señala el principio de un franco orientamiento doctrinario en el que *Claridad* abandona el tono estudiantil. Desde ese número, *Claridad* aparece como órgano de la Federación Obrera Local. Perseguida por la policía, el proletariado organizado ha querido ampararla con su solidaridad formal. Mariátegui inicia la organización de una sociedad editora obrera para la publicación de la revista, y con vistas a la de un diario; pero en este tiempo se enferma gravemente y escapa a la muerte a costa de la amputación de la pierna derecha.

De fines de 1924 a principios de 1925 la represión de la vanguardia estudiantil se acentúa. Son deportados los más activos de los elementos de la Universidad Popular y la Federación de Estudiantes: Herrera, Bustamante, Rabines, Hurwitz, Terreros, Lecaros, Seoane, Heysen, Cornejo, Pavletich, etcétera. También se deporta al secretario de la Federación Obrera Local, Arceles, y a dos de los dirigentes de la organización indígena. Las actividades de la Universidad Popular son, sin embargo, mantenidas por un grupo animoso y perseverante. Empieza, en este periodo, a discutirse la fundación del Apra, a instancias de su iniciador Haya de la Torre, que desde Europa se dirige en este sentido a los elementos de vanguardia del Perú. Estos elementos aceptan, en principio, el Apra, que hasta por su título se presenta como una alianza o frente único.

En setiembre de 1926, como órgano de este movimiento, como tribuna de "definición ideológica", aparece *Amauta*. La Federación Obrera Local convoca a un segundo Congreso Obrero. Mariátegui, director de *Amauta*, en una carta a este congreso, que carece de un trabajo serio de preparación, advierte la inoportunidad de un debate de tendencias doctrinarias, proponiendo la organización de los trabajadores con un programa de "unidad proletaria", la constitución de una central nacional basada en el principio de "lucha de clases". Pero las tendencias llevan al congreso sus puntos de vista, empeñándose una discusión desordenada sobre la doctrina clasista a la que debía adherir el proletariado organizado. Es este el instante que el ministro de Gobierno de entonces, interesado en aumentar su importancia política, amenazada por las rivalidades de círculos, con una actuación sensacional, escoge para una represión en gran estilo. En la noche del 5 de junio, se sorprende aparatosamente una reunión de la sociedad editora obrera *Claridad*, a la que se había citado como de ordinario por los periódicos. La misma noche se apresura en sus domicilios a los más conocidos y activos militantes de las



organizaciones obreras y algunos intelectuales y universitarios. Una información oficial anuncia, en todos los diarios, la detención de todas estas personas en una reunión, presentada como clandestina. El ministro de Gobierno, Manchego Muñoz, afirma, sin empacho, que ha descubierto nada menos que un complot comunista. El órgano civilista *El Comercio*, reducido al silencio desde los primeros tiempos del gobierno leguista, y conocido por sus vinculaciones con la plutocracia del antiguo régimen, aprueba editorialmente esta represión así como las medidas que le siguen: clausura de *Amauta*, cierre de los talleres de la Editorial Minerva donde se imprimía por cuenta particular de sus redactores-editores, detención de José Carlos Mariátegui a quien, dadas sus condiciones de salud, se aloja en el Hospital Militar de San Bartolomé. Cerca de cincuenta militantes fueron llevados a la isla de San Lorenzo; muchos más sufrieron breve detención en los calabozos de la policía; otros, perseguidos, tuvieron que ocultarse. La policía notificó a los que quedaban en libertad que la Federación Obrera Local, la Federación Textil y otras organizaciones del mismo carácter, debían ser consideradas disueltas y que toda actividad sindicalista estaba severamente prohibida. No dejaron de manifestar su aplauso a estas medidas, igual que *El Comercio*, que no tuvo reparo en complacerse expresamente de la supresión de *Amauta*, los elementos mutualistas amarillos, incondicionalmente a órdenes de éste como de todos los gobiernos, así como un sedicente y flamante "partido laborista", fundado por algunos empleados cesantes y arribistas, con la cooperación de unos pocos artesanos. Pero era tan desproporcionada, respecto de los vaguísimos e individuales papeles que pretendía documentarla, la especie de la "cons-



piración comunista para destruir el orden social”, que poco a poco, no obstante estar cerrados los periódicos a toda información imparcial, se desvaneció la impresión que en los primeros instantes produjera. Solo encontró acogida en la prensa una breve carta dirigida por Mariátegui desde el Hospital Militar desmintiendo rotunda y precisamente, en todas sus partes, la invención policial.

Dos profesores de la Universidad Popular, Carlos M. Cox y Manuel Vásquez Díaz fueron deportados al norte. En la misma dirección habían sido embarcados antes Magda Portal y Serafín Delmar. Y cuatro meses más tarde, cuando no quedaba en el público vestigio de recuerdo del complot, se puso en libertad a los presos de San Lorenzo. En diciembre de 1927, reapareció *Amauta*, que de otro modo habría reanudado su publicación en Buenos Aires.

La represión de junio entre otros efectos tiene el de promover una revisión de métodos y conceptos y una eliminación de los elementos débiles y desorientados, en el movimiento social. De un lado se acentúa en el Perú la tendencia a una organización, exenta de los residuos anarcosindicales, purgada de “bohemia subversiva”, de otro lado aparece clara la desviación aprista. Uno de los grupos de deportados peruanos, el de México, propugna la constitución de un Partido Nacionalista Libertador; Haya define al Apra como el Kuo Min Tang latinoamericano. Se produce una discusión en la que se afirma definitivamente la tendencia socialista doctrinaria adversa a toda fórmula de populismo demagógico e inconcluyente y de caudillaje personalista. Los documentos adjuntos ilustran los términos y resultados de este debate, a partir del cual el movimiento izquierdista peruano entra en una etapa de definitiva orientación. *Amauta*, en su N° 17, el de su segundo aniversario, declara cumplido el proceso de “definición ideológica”, afirmándose categóricamente, marxista. En noviembre de 1918, aparece *Labor* como periódico de extensión de la obra de *Amauta*, para convertirse gradualmente en órgano de la reorganización sindical.

## El 1° de Mayo y el frente unico

*Escrito en 1924*

El 1° de Mayo es, en todo el mundo, un día de unidad del proletariado revolucionario, una fecha que reúne en un inmenso frente único internacional a todos los trabajadores organizados. En esta fecha resuenan, unánimemente obedecidas y acatadas, las palabras de Carlos Marx: “Proletarios de todos los países, uníos”. En esta fecha caen espontáneamente todas las barreras que diferencian y separan en varios grupos y varias escuelas a la vanguardia proletaria.

El 1° de Mayo no pertenece a una Internacional, es la fecha de todas las Internacionales. Socialistas, comunistas y libertarios de todos los matices se confunden y se mezclan hoy en un solo ejército que marcha hacia la lucha final. Esta fecha, en suma, es una afirmación y una insta-

tación de que el frente único proletario es posible y es practicable y de que a su realización no se opone ningún interés, ninguna exigencia del presente.

A muchas meditaciones invita esta fecha internacional. Pero para los trabajadores peruanos la más actual, la más oportuna, es la que concierne a la necesidad y a la posibilidad del frente único. Ultimamente se han producido algunos intentos seccionistas. Y urge entenderse, urge concretarse para impedir que estos intentos prosperen, evitando que socaven y que minen la naciente vanguardia proletaria del Perú.

Mi actitud, desde mi incorporación en esta vanguardia, ha sido siempre la de un autor convencido, la de un propagandista fervoroso del frente único. Recuerdo haberlo declarado en una de las conferencias iniciales de mi curso de historia de la crisis mundial. Respondiendo a los primeros gestos de resistencia y de aprensión de algunos antiguos y hieráticos libertarios, más preocupados de la rigidez del dogma que de la eficacia y la fecundidad de la acción, dije entonces desde la tribuna de la Universidad Popular: “Somos todavía pocos para dividirnos. No hagamos cuestión de etiquetas ni de títulos”.

Posteriormente he repetido estas o análogas palabras. Y no me cansaré de reiterarlas. El movimiento clasista, entre nosotros, es aún muy incipiente, muy limitado, para que pensemos en fraccionarle y escindirle. Antes de que llegue la hora, inevitable acaso, de una división, nos corresponde realizar mucha obra común, mucha labor solidaria. Tenemos que emprender juntos muchas largas jornadas. Nos toca, por ejemplo, suscitar en la mayoría del proletariado peruano, conciencia de clase y sentimiento de clase. Esta faena pertenece por igual a socialistas y sindicalistas, a comunistas y libertarios. Todos tenemos el deber de sembrar gérmenes de renovación y de difundir ideas clasistas. Todos tenemos el deber de alejar al proletariado de las asambleas amarillas y de las falsas “instituciones representativas”. Todos tenemos el deber de luchar contra los ataques y las represiones reaccionarias. Todos tenemos el deber de defender la tribuna, la prensa y la organización proletaria. Todos tenemos el deber de sostener las reivindicaciones de la esclavizada y oprimida raza indígena. En el cumplimiento de estos deberes históricos, de estos deberes elementales, se encontrarán y juntarán nuestros caminos, cualquiera que sea nuestra meta última.

El frente único no anula la personalidad, no anula la filiación de ninguno de los que lo componen. No significa la confusión ni la amalgama de todas las doctrinas en una doctrina única. Es una acción contingente, concreta, práctica. El programa del frente único considera exclusivamente la realidad inmediata, fuera de toda abstracción y de toda utopía. Preconizar el frente único no es, pues, preconizar el confusionismo ideológico. Dentro del frente único cada cual debe conservar su propia filiación y su propio ideario. Cada cual debe trabajar por su propio credo. Pero todos deben sentirse unidos por la solidaridad de clase, vinculados por la lucha contra el adversario común, ligados por la misma voluntad revolucionaria, y la misma pasión renovadora. Formar un frente único es tener una actitud solidaria ante un problema concreto, ante una necesidad urgente. No es renunciar a la doctrina que cada uno sirve ni a la posición que cada uno ocupa en la vanguardia, la variedad de tendencias y la diversidad de matices ideológicos es inevitable en esa inmensa legión humana que se llama el proletariado. La existencia de tendencias y grupos definidos y precisos no es un mal; es por el contrario la señal de un periodo avanzado del proceso revolucionario. Lo que importa es que esos grupos y esas tendencias sepan entenderse ante la realidad concreta del día. Que no se esterilicen bizantinamente en exconfesiones y excomuniones recíprocas. Que no alejen a las masas de la revolución con el espectáculo de las querellas dogmáticas de sus predicadores. Que no empleen sus armas ni dilapiden su tiempo en herirse unos a otros, sino en combatir el orden social y sus instituciones, sus injusticias y sus crímenes.

Tratemos de sentir cordialmente el lazo histórico que nos une a todos los hombres de la vanguardia, a todos los actores de la renovación. Los ejemplos que a diario nos vienen de fuera son innumerables y magníficos. El más reciente y emocionante de estos ejemplos es el de Germaine Berthon. Germaine Berthon, anarquista, disparó certeramente su revólver contra un organizador y conductor del terror blanco por vengar el asesinato del socialista Jean Jaurés. Los espíritus nobles, elevados y sinceros de la revolución, perciben y respetan, así, por encima de toda barrera teórica, la

solidaridad histórica de sus esfuerzos y de sus obras. Pertenecen a los espíritus mezquinos, sin horizontes y sin alas, a las mentalidades dogmáticas que quieren petrificar e inmovilizar la vida en una fórmula rígida, el privilegio de la incompreensión y del egoísmo sectarios.

El frente único proletario, por fortuna, es entre nosotros una decisión y un anhelo evidente del proletariado. Las masas reclaman la unidad. Las masas quieren fe. Y, por eso, su alma rechaza la voz corrosiva, disolvente y pesimista de los que niegan y de los que dudan, y busca la voz optimista, cordial, juvenil y fecunda de los que afirman y de los que creen.

## Programa del Partido Socialista Peruano

*Redactado por José Carlos Mariátegui en octubre de 1928, y aprobado en el Comité Central del Partido, a comienzos de 1929.*

**El programa debe ser una declaración doctrinal que afirme:**

**1.-** El carácter internacional de la economía contemporánea que no consiente a ningún país evadirse de las corrientes de transformación surgidas de las actuales condiciones de producción.

**2.-** El carácter internacional del movimiento revolucionario del proletariado. El Partido Socialista adapta su praxis a las circunstancias concretas del país, pero obedece a una amplia visión de clase, y las mismas circunstancias nacionales están subordinadas al ritmo de la historia mundial. La revolución de la independencia hace más de un siglo fue un movimiento solidario de todos los pueblos subyugados por España; la revolución socialista es un movimiento mancomunado de todos los pueblos oprimidos por el capitalismo. Si la revolución liberal, nacionalista por sus principios, no pudo ser actuada sin una estrecha unión entre los países sudamericanos, fácil es comprender la ley histórica que, en una época más acentuada de interdependencia y vinculación de las naciones, impone que la revolución social, internacionalista en sus principios, se opere con una coordinación mucho más disciplinada e intensa de los partidos proletarios. El *Manifiesto* de Marx y Engels condensó el primer principio de la revolución proletaria en la frase histórica: “¡Proletarios de todos los países, uníos!”.

**3.-** El agudizamiento de las contradicciones de la economía capitalista. El capitalismo se desarrolla en un pueblo semifeudal como el nuestro en instantes en que, llegado a la etapa de los monopolios y del imperialismo, toda la ideología liberal, correspondiente a la etapa de la libre competencia, ha cesado de ser válida. El imperialismo no consiente a ninguno de estos pueblos semicoloniales, que explota como mercados de su capital y sus mercancías y como depósitos de materias primas, un programa económico de nacionalización e industrialismo; los obliga a la especialización, a la monocultura (petróleo, cobre, azúcar, algodón, en el Perú), sufriendo una permanente crisis de artículos manufacturados, crisis que se deriva de esta rígida determinación de la producción nacional, por factores del mercado mundial capitalista.

**4.-** El capitalismo se encuentra en su estadio imperialista. Es el capitalismo de los monopolios, del capital financiero, de las guerras imperialistas por el acaparamiento de los mercados y de las fuentes de materias brutas. La praxis del socialismo marxista en este período es la del marxismo-leninismo. El marxismo-leninismo es el método revolucionario de la etapa del imperialismo, y de los monopolios. El Partido Socialista del Perú lo adopta como método de lucha.

**5.-** La economía precapitalista del Perú republicano que, por la ausencia de una clase burguesa vigorosa y por las condiciones nacionales e internacionales que han determinado el lento avance del país por la vía capitalista, no puede liberarse bajo el régimen burgués, enfeudado a los intereses capitalistas, coludido con la feudalidad gamona-

lista y clerical, de las taras y rezagos de la feudalidad colonial. El destino colonial del país reanuda su proceso. La emancipación de la economía del país es posible únicamente por la acción de las masas proletarias, solidarias con la lucha antimperialista mundial. Sólo la acción proletaria puede estimular primero y realzar después las tareas de la revolución democrático-burguesa que el régimen burgués es incompetente para desarrollar y cumplir.

6.-El socialismo encuentra, lo mismo en la subsistencia de las comunidades que en las grandes empresas agrícolas, los elementos de una solución socialista de la cuestión agraria, solución que tolerará en parte la explotación de la tierra por los pequeños agricultores, ahí donde el yanacozgo o la pequeña propiedad recomienden dejar a la gestión individual, en tanto que se avanza en la gestión colectiva de la agricultura, las zonas donde ese género de explotación prevalece. Pero esto, lo mismo que el estímulo que se presta al libre resurgimiento del pueblo indígena, a la manifestación creadora de sus fuerzas y espíritu nativo, no significa en lo absoluto una romántica y antihistórica tendencia de construcción o resurrección del socialismo incaico, que correspondió a condiciones históricas completamente superadas y del cual sólo quedan como factor aprovechable dentro de una técnica de producción perfectamente científica, los hábitos de cooperación y socialismo de los campesinos indígenas. El socialismo presupone la técnica, la ciencia, la etapa capitalista, y no puede importar el menor retroceso en la adquisición de las conquistas de la civilización moderna, sino, por el contrario, la máxima y metódica aceleración de la incorporación de estas conquistas en la vida nacional.

7.- Sólo el socialismo puede resolver el problema de una educación efectivamente democrática e igualitaria, en virtud de la cual cada miembro de la sociedad reciba toda la instrucción a que su capacidad le dé derecho. El régimen educacional socialista es el único que puede aplicar plena y sistemáticamente los principios de la escuela única, de la escuela del trabajo, de las comunidades escolares y, en general, de todos los ideales de la pedagogía revolucionaria contemporánea, incompatible con los privilegios de la escuela capitalista, que condena a las clases pobres a la inferioridad cultural y hace de la instrucción superior el monopolio de la riqueza.

8.- Cumplida su etapa democrático-burguesa, la revolución deviene, en sus objetivos y su doctrina, revolución proletaria. El partido del proletariado, capacitado por la lucha para el ejercicio del poder y el desarrollo de su propio programa, realiza en esta etapa las tareas de la organización y defensa del orden socialista.

9.- El Partido Socialista del Perú es la vanguardia del proletariado, la fuerza política que asume la tarea de su orientación y dirección en la lucha por la realización de sus ideales de clase.

Anexos al programa se publicarán proyectos de tesis sobre la cuestión indígena, la situación económica, la lucha antimperialista, que, después del debate de las secciones y de las enmiendas que en su texto introduzca el Comité Central, quedarán definitivamente formuladas en el Primer Congreso del Partido.

Desde el manifiesto, el partido dirigirá un llamamiento a todos sus adherentes, a las masas trabajadoras, para trabajar por las siguientes reivindicaciones inmediatas:

- Reconocimiento amplio de la libertad de asociación, reunión y prensa obreras.
- Reconocimiento del derecho de huelga para todos los trabajadores. Abolición de la conscripción vial.
- Sustitución de la ley de la vagancia por los artículos que consideraban específicamente la cuestión de la vagancia en el anteproyecto del Código Penal puesto en vigor por el estado, con la sola excepción de esos artículos incompatibles con el espíritu y el criterio penal de la ley especial.
- Establecimiento de los seguros sociales y de la asistencia social del estado.
- Cumplimiento de las leyes de accidentes de trabajo, de protección del trabajo de las mujeres y menores, de las jornadas de ocho horas en las faenas de la agricultura.
- Asimilación del paludismo en los valles de la costa a la condición de enfermedad profesional con las consiguientes responsabilidades de asistencia para el hacendado.
- Establecimiento de la jornada de siete horas en las minas y en los trabajos insalubres, peligrosos y nocivos para la salud de los trabajadores.

- Obligación de las empresas mineras y petroleras de reconocer a sus trabajadores de modo permanente y efectivo, todos los derechos que le garantizan las leyes del país.

- Aumento de los salarios en la industria, la agricultura, las minas, los transportes marítimos y terrestres y las islas guaneras, en proporción con el costo de vida y con el derecho de los trabajadores a un tenor de vida más elevado.

- Abolición efectiva de todo trabajo forzado o gratuito, y abolición o punición del régimen semi-esclavista en la montaña

- Dotación a las comunidades de tierras de latifundios para la distribución entre sus miembros en proporción suficiente a sus necesidades.

- Expropiación, sin indemnización, a favor de las comunidades, de todos los fundos de los conventos y congregaciones religiosas.

- Derecho de los yanacunas, arrendatarios, etcétera, que trabajen un terreno más de tres años consecutivos, a obtener la adjudicación definitiva del uso de sus parcelas, mediante anualidades no superiores al sesenta por ciento del canon actual de arrendamiento.

- Rebaja al menos en un cincuenta por ciento de este canon, para todos los que continúen en su condición de aparceros o arrendatarios.

- Adjudicación a las cooperativas y a los campesinos pobres, de las tierras ganadas al cultivo por las obras agrícolas de irrigación.

- Mantenimiento, en todas partes, de los derechos reconocidos a los empleados por la ley respectiva.

- Reglamentación, por una comisión paritaria, de los derechos de jubilación en forma que no implique el menor menoscabo de los establecidos por la ley.

- Implantación del salario y del sueldo mínimo.

- Ratificación de la libertad de cultos y enseñanza religiosa al menos en los términos del artículo constitucional y consiguiente derogatoria del último decreto contra las iglesias no católicas. Gratuidad de la enseñanza en todos sus grados.

Estas son las principales reivindicaciones por las cuales el Partido Socialista luchará de inmediato. Todas ellas responden a perentorias exigencias de la emancipación material e intelectual de las masas. Todas ellas tienen que ser activamente sostenidas por el proletariado y por los elementos conscientes de la clase media.

La libertad del partido para actuar públicamente, al amparo de la constitución y de las garantías que ésta acuerda a los ciudadanos para crear y difundir sin restricciones su prensa, para realizar sus congresos y debates, es un derecho reivindicado por el acto mismo de la fundación pública de esta agrupación.

Los grupos estrechamente ligados que se dirigen hoy al pueblo por medio de este manifiesto, asumen resueltamente, con la conciencia de un deber y una responsabilidad históricos, la misión de defender y propagar sus principios y mantener y acrecentar su organización, a costa de cualquier sacrificio. Y las masas trabajadoras de la ciudad, el campo y las minas y el campesinado indígena, cuyos intereses y aspiraciones representamos en la lucha política, sabrán apropiarse de estas reivindicaciones y de esta doctrina, combatir perseverante y esforzadamente por ellas y encontrar, a través de esta lucha, la vía que conduce a la victoria final del socialismo.

**¡Viva la clase obrera del Perú!**  
**¡Viva el proletariado mundial!**  
**¡Viva la revolución social!**

## El proletariado contra la guerra

*En el 15 aniversario de la declaración  
 de la Guerra de 1914.*

La vanguardia obrera no ha querido que la conmemoración de la declaratoria de guerra de 1914 se redujera este año a las insólitas paradas del pacifismo internacional, a las inocuas efusiones de lágrimas y palabras de los retóricos de la fraternidad humana sobre la tumba de Jean Jaurès. Las amenazas de la guerra se han mostrado, en el último año, demasiado próximas para que el realismo de

una vanguardia operante, que mira de frente a los hechos, sin temor de llamarlos por su nombre, se acomode a la fácil repetición de esas vaguísimas declaraciones pacifistas. El proletariado mundial ha sentido el deber de hacer esta vez de la conmemoración de la trágica fecha una unánime, disciplinada, multitudinaria demostración contra la guerra.

Y la represión que el franco anuncio del carácter que este año tendría la movilización del proletariado contra la guerra ha suscitado en diversos países es la prueba más terminante de las respuestas que las burguesías se proponen dar, en caso de inminencia bélica, a la protesta obrera. Dirigir un llamamiento a las masas trabajadoras para que vigilen alertas contra la insidia imperialista, contra el armamentismo, contra la explotación de las querellas y de los recelos entre los pueblos, significa para la burguesía internacional complotar contra el orden, incitar a la rebelión. ¿Qué mejor confesión podían hacer los estados burgueses de lo que verdaderamente representan sus pactos y palabras de paz y de solidaridad entre la política armamentista y belicosa, apenas disimulada por uno que otro postizo, y los intereses y los propósitos del capitalismo imperialista?

El proletariado mundial sabe que los votos platónicos de paz, que las condenaciones genéricas de la guerra, de nada sirven. Innumerables había pronunciado la Segunda Internacional, en sus congresos y manifiestos, antes de 1914. Ninguna estorbó la deserción de los jefes reformistas, la traición a los solemnes pactos a que hasta la víspera de la declaratoria de guerra se había adherido. Los partidos socialistas y las agrupaciones sindicales no pudieron hacer nada contra la gran masacre.

Por eso hoy se trata de organizar la resistencia a la guerra, a base de la experiencia aleccionadora de 1914-1918, advirtiendo a las masas respecto a todos y cada uno de los peligros de guerra, denunciando la impotencia y la ficción de los tratados y convenios imperialistas de desarme y no agresión, oponiendo a la práctica armamentista -que desmiente tan inmediatamente la bella teoría antibélica y pacifista- la más vigorosa y metódica crítica, acrecentando los lazos de fraternidad y solidaridad entre los pueblos, defendiendo contra todas las acechanzas y maquinaciones al primer estado socialista, la primera unión de repúblicas obreras y campesinas.

Nada más contagioso que la tendencia a eludir la seria y objetiva estimación de los peligros bélicos. La experiencia de 1914, a este respecto, parece haber sido completamente inútil. Son muchos los que imaginan que por el solo hecho de haber sido demasiado destructora y horrible y estar reprobada por una nueva conciencia moral, entre cuyos signos habría que contar el Pacto Kellogg y el espíritu de Locarno, la guerra no puede desencadenarse más en el mundo.

Pero el examen de la política y la economía mundiales condena inapelablemente esta pasiva confianza en vagas o ficticias fuerzas morales. La lucha entre los imperialismos rivales mantiene viva la amenaza bélica en el mundo. Y el odio a la URSS hará que se olviden todas las protestas pacifistas apenas recién llegado el instante de atacarla militarmente.

Acabamos de asistir, con ocasión de la ruptura entre la Rusia revolucionaria y la China militarista y feudal -ruptura preparada por el imperialismo capitalista-, a la espontánea caída de las máscaras del legalismo, del pacifismo y del "patriotismo" burgueses. Las potencias que, en respuesta a la violencia de los "boxers", de las que no podía ser responsable el estado y menos aun el pueblo chino, enviaron a China la expedición punitiva del general Waldresee y le impusieron enseguida la oprobiosa obligación de pagar el costo de la guerra criminal, han hecho esta vez lo que han podido para excusar la violación de un tratado internacional, el desconocimiento de la inmunidad consular, la apropiación violenta de un ferrocarril, la prisión y la expulsión en masa de funcionarios y huéspedes de una nación amiga. El grueso, fácil, barato pretexto de la propaganda comunista ha servido una vez más para justificar

algo que, si hubiese estado dirigido contra alguno de los grandes estados capitalistas de Europa no se habría dado de calificar como un acto de lesa civilización, como una muestra de la barbarie china. Y los oficiales rusos "blancos", que se han declarado dispuestos a combatir la lado de los chinos contra Rusia, han descubierto lo que vale la palabra "patriotismo" para estos miserables deshechos de la guardia zarista. La Santa Rusia era, para ellos, el zar y su vergonzoso régimen; no es la patria del pueblo ruso que, liquidando una autocracia degenerada, vencida en 1904 por Japón, y en 1917 por los austroalemanes, se ha dado el gobierno más conforme con sus intereses y sus ideales y ha realizado con su revolución, el esfuerzo más grandioso de la historia contemporánea.

El año trascurrido después de la última conmemoración de la guerra ha sido un año de evidente y clamoroso recrudescimiento de la amenaza guerrera. La guerra ha estado a punto de estallar en Sur América, entre Bolivia y Paraguay. Y ahora, con el conflicto ruso-chino, fomentado por los intereses imperialistas, reaparece el peligro bélico en Oriente. El proletariado, por lo tanto, hace bien en velar porque no sorprenda a los pueblos, inertes e ilusionados con un 1914, la guerra reaccionaria, la guerra imperialista.

## Indigenismo y socialismo

*Bajo el título "Indigenismo y socialismo" reunió José Carlos Mariátegui las dos notas polémicas con Luis Alberto Sánchez ("Intermezzo polémico" y "Réplica a Luis Alberto Sánchez"). Agregó, además, una breve respuesta a José A. Escalante, "Polémica Finita", que reproducimos a continuación y que pone fin al diálogo polémico. Publicado en Amauta, marzo de 1927.*

No me tocaría responder a la crítica de Luis Alberto Sánchez -que en el último número de *Mundial* arremete contra el indigenismo de los costeños- si en uno de sus acápites no me mencionara y -refiriéndose sin duda a lo que he dicho a veces en *Mundial*- no me atribuyera la diversión teórica de oponer, como gallos o boxeadores, colonialismo e indigenismo. Y si, además no citara la revista de doctrina y polémica que dirijo. Porque, en verdad, no me siento responsable de las contradicciones y ambigüedades que Sánchez denuncia, ni he asumido, en general, la actitud que mi colega condena, uniformando inexactamente en ella a todos los escritores costeños, sin excluirse él mismo, acaso porque de otro modo su artículo no habría podido empezar con la palabra "nosotros".

Con la impaciencia y nerviosidad peculiares a "nosotros los costeños", Sánchez reclama absoluta coherencia y rigurosa unidad -tal vez si hasta unanimidad- en algo que no es todavía un programa sino apenas un debate, en el cual caben voces e ideas diversas, que se reconozca animadas del mismo espíritu de renovación. La crítica de Sánchez mezcla y confunde todas las expresiones positivas y negativas del movimiento indigenista. Sin distinguir al menos las expresiones teóricas de las estéticas y de las prácticas, exige una perfecta congruencia entre las especulaciones críticas, afirmaciones doctrinales e imágenes poéticas, de todo lo cual hace previamente una ensalada para enfadarse, luego, de encontrar juntas tantas cosas. Mi estimado colega me permitirá que le diga que la confusión está más en el sujeto que en el objeto. Los indigenistas o pseudoindigenistas, a su juicio, adoptan simultáneamente los puntos de vista de Valcárcel y López Albújar. Pero éste es un error de visión. Que se contraste, que se

confronte dos puntos de vista, no quiere decir que se les adopte. La crítica, el examen de esa confrontación, sin la cual ningún seguro criterio puede elaborarse. Las tendencias o los grupos renovadores no tienen todavía un programa cabalmente formulado ni uniformemente aceptado. Como he escrito, polemizando con Falcón, mi esfuerzo no tiende a imponer un criterio, sino a contribuir a su formación. Y, a riesgo de resultar demasiado lapalissiano, debo recordar a Sánchez que un programa no es anterior a un debate sino posterior a él.

El conflicto entre la tesis de Valcárcel y López Albújar, por otra parte, no está esclarecido. No es cierto, como Sánchez pretende, que del estudio de López Albújar "surja la necesidad de ir a la raza indígena, pero para exterminarla". No, querido Sánchez. Seguramente, López Albújar -cuya actitud para opinar sobre las consecuencias de su propio estudio es inobjetable-, no piensa de este modo.

Sánchez llega a una conclusión precipitada, simplista, dogmática, como las que reprocha a los indigenistas de la hora undécima. Si relée "con la calma y la hondura precisa", el estudio de López Albújar, encontrará que el novelista piurano hace preceder sus observaciones sobre la "psicología del indio huanuqueño" por una prudente advertencia. "El indio -escribe- es un esfinge de dos caras: con la una mira al pasado y con la otra al presente, sin cuidarse del porvenir. La primera le sirve para vivir entre los suyos; la segunda para tratar con los extraños. Ante los primeros se manifiesta como es; ante los segundos, como no querría ser". "Esta dualidad -agrega- es la que norma su vida, la que lo exhibe bajo esta doble personalidad, que unas veces desorienta e induce al error y otras hace renunciar a la observación por creerlo impenetrable. Una cosa es pues, el indio en su ayllu, en su comunidad, en su vida íntima y otra en la urbe del misti, en sus relaciones con él, como criado suyo o como hombre libre". La mayor parte de las observaciones de López Albújar corresponde a la actitud del indio ante el blanco, ante el misti. Retratan la cara que López Albújar, desde su posición, pudo enfocar mejor.

La llamada hipocresía del indio, según Valcárcel, es una actitud defensiva. Esto, López Albújar no lo ha contradicho en ninguna parte. El autor de *Cuentos Andinos* se ha limitado a registrar las manifestaciones de esta actitud defensiva. En cambio, su cuento "Ushanan Jampi" es una confirmación de la tesis de Valcárcel sobre la nostalgia indígena. De otro lado, el trabajo de Valcárcel es de índole distinta del trabajo de López Albújar. Valcárcel hace síntesis; López Albújar, análisis. Valcárcel es lírico; López Albújar, crítico. Hay en Valcárcel el misticismo, el mesianismo de la generación posbélica; hay en López Albújar el naturalismo, el criticismo, tal vez hasta el escepticismo, de la generación anterior. Los planos en que ambos actúan son, en fin, diversos. No trataré, por mi parte, de conciliarlos. Pero niego a su diferencia -más que oposición- el alcance que Sánchez le supone.

El "indigenismo" de los vanguardistas no le parece sincero a Luis Alberto Sánchez. No tengo por qué convertirme en fiador de la sinceridad de ninguno. Es a Sánchez, además, a quién le toca precisar su acusación, especificando los casos en que se apoya. Lo que afirmo, por mi cuenta, es que de la confluencia o aleación de "indigenismo" y socialismo, nadie que mire al contenido y a la esencia de las cosas puede sorprenderse. El socialismo ordena y define las reivindicaciones de las masas, de la clase trabajadora. Y en el Perú las masas -la clase trabajadora- son en sus cuatro quintas partes indígenas. Nuestro socialismo no sería, pues, peruano -ni siquiera socialismo-, si no se solidarizase, primeramente, con las reivindicaciones indígenas. En esta actitud no se esconde nada de artificio, si se reflexiona dos minutos en lo que es socialismo. Esta actitud no es postiza, ni fingida, ni astuta. No es más que socialista.

Y en este "indigenismo" vanguardista, que tantas aprensiones le produce a Luis Alberto Sánchez, no existe absolutamente ningún calco de "nacionalismo exótico"; no existe, en todo caso, sino la creación de un "nacionalismo peruano". Pero, para ahorrarse todo equívoco -que no es lo mismo que equivocación como pretende alguien-, en lo que me concierne, no me llame Luis Alberto Sánchez "nacionalista", ni "indigenista", ni "seudoindigenista", pues para clasificarme no hacen falta estos términos. Llámeme, simplemente, socialista. Toda la clave de mis actitudes -y, por ende, toda su coherencia, esa coherencia que lo preocupa a usted tanto, querido Alberto Sánchez- está en esta sencilla y explícita palabra. Confieso haber llegado a la comprensión, al entendimiento del valor y el sentido de lo indígena, en nuestro tiempo, no por el camino de la erudición libresca, ni de la intuición estética, ni siquiera de la especulación teórica, sino por el camino -a la vez intelectual, sentimental y práctico- del socialismo.

"El indigenismo", contra el cual reacciona belicosamente el espíritu de Sánchez, no aparece, exclusiva, ni aun principalmente, como una elaboración de la inteligencia o el sentimiento costeños. Su mensaje viene, sobre todo, de la sierra. No somos "nosotros los costeños" los que agitamos, presentemente, la bandera de las reivindicaciones indígenas. Son los serranos; son, particularmente, los cuzqueños. Son los serranos más auténticos. Y, además, los más insospechables. El "Grupo Resurgimiento" no ha sido inventado en Lima. Ha nacido, espontáneamente, en el Cuzco. Y es él, con su primer manifiesto, el que se ha encargado de responder al señor José Angel Escalante.

No hay en mi dogmatismo alguno. Lo que sí hay es convicción, pasión, fervor. Esto creo que el propio Luis Alberto Sánchez lo ha dicho, generosamente, más de una vez. Mi espíritu no es dogmático; pero sí afirmativo. Creo que espíritus constructivos son los que se apoyan en una afirmación, sin temor exagerado a su responsabilidad y a sus consecuencias. Mi posición ideológica está esclarecida. La que está aún por esclarecer es, en todo caso, la de Luis Alberto. Si nos atenemos a su último artículo, tendremos que considerarlo, en este debate, un "espectador". Yo soy un combatiente, un agonista. Seguramente, es, ante todo, por esto, que no coincidimos.

Polémica finita

Luis Alberto Sánchez, en un diálogo polémico que ha sostenido conmigo en *Mundial*, pretende que Amauta no ha respondido a su programa ni sus ideas porque yo, según él, "he dado cabida a artículos de la más variada índole, a escritores de los más encontrados matices, perfecta-



mente distantes de mi ideología" y hasta "he hecho tribuna académica de mi revista". El colega Sánchez no cita esos artículos ni esos escritores, aunque probablemente no le habrían faltado ganas de citarse él mismo, disidente y heterodoxo por excelencia. Su aseveración tiene que parecerle apasionada y arbitraria hasta a los lectores más indiferentes a la cuestión en debate. Llamar académica a *Amauta*, que ha sido unánimemente calificada como una revista de "vanguardia" es una demasía y un capricho verbales, tan subjetivos, tan exclusivos de Sánchez, que no vale la pena controvertirlos. Esta revista, académica según Sánchez, tiene ya algunos millares de lectores, hecho que basta para desmentir su afirmación.

La otra afirmación, la de que *Amauta* no ha cumplido su programa, porque ha acogido escritores diversos, tampoco es más fundada. El público a este respecto muestra también más instinto que el crítico. Desde el primer número ha reconocido en *Amauta* una ideología, un espíritu.

*Amauta* ha publicado artículos de índole diversa porque no es solo una revista de doctrina (social, economía, política, etcétera) sino también una revista de arte y literatura. La filiación o la posición doctrinal no nos preocupan, fundamentalmente, sino en el terreno doctrinal. En el terreno puramente artístico, literario y científico, aceptamos la colaboración de artistas, literatos, técnicos, considerando solo su mérito respectivo, si no tienen una posición militante en otro campo ideológico. Pero preferimos y distinguimos, por supuesto, la de los artistas y escritores que están integralmente en nuestra misma dirección. La presencia subsidiaria, o solo episódica, de un intelectual sin posición combatiente, en esta revista, no representa una prueba contra su espíritu, porque para afirmar y definir esto existen pruebas mucho más numerosas y fehacientes. Podemos usarla, por ejemplo, como reactivo. *Amauta* tiene demasiada personalidad para inquietarse por la fortuita presencia de una idea o un sentimiento heterodoxos en sus páginas. Es una revista de definición ideológica, de concentración izquierdista, que asimila o elimina, seguramente, sin perjuicio para su salud, cualquier elemento errante. Tiene el carácter de un campo de gravitación y polarización. Los que arriban, transitoriamente, a este campo, pueden escaparnos, pero sin restarnos sustancia ni energía. Los que damos a *Amauta* tonalidad, fisonomía y orientación, somos los que tenemos una filiación y una fe, no quienes no las tienen y que admitimos, sin peligro para nuestra integridad y nuestra homogeneidad, como accidentales compañeros de viaje. Somos los vanguardistas, los revolucionarios, los que tenemos una meta, los que sabemos adónde vamos. En el camino no nos alarma discutir con quienes no andan aún definitivamente orientados. Estamos dispuestos todos los días a confrontar nuestros puntos de vista con los afines o próximos.

Que *Amauta* rechace todo lo contrario a su ideología no significa que lo excluya sistemáticamente de sus páginas, imponiendo a sus colaboradores una ortodoxia rigurosa. Este principio, que reafirmamos, nos obliga solo a denunciar y controvertir las ideas discrepantes peligrosas.

*Amauta*, por otra parte, en cuanto concierne a los problemas peruanos, ha venido para inaugurar y organizar un debate, no para clausurarlo. Es un comienzo y no un fin. Yo, personalmente, traigo a este debate mis proposiciones. Trabajaré, por supuesto, porque prevalezcan, pero me conformaré con que influyan, en la acción, en los hechos, prácticamente, en la medida de su coincidencia con el sentimiento de mi generación y con el ritmo de la historia.

Esto es muy claro y muy simple, pero por lo visto, hay que repetirlo, aunque no sea sino para confutar los reparos, no siempre benévolo, de quienes se imaginan que una revista de doctrina y polémica debe expurgar su material, que constituye los elementos de un debate de izquierda, claro está, con un terror supersticioso e inquisitorial a toda idea más o menos alógena. No, nuestra ideología, nuestro espíritu, tiene que aceptar precisamente un trabajo de contrastación constante. Este es el único medio de concentrar y polarizar fuerzas, y nosotros, no lo ocultamos, nos proponemos precisamente este resultado. Tenemos confianza en nuestra obra, no por lo iluminado o taumatúrgico o personal de su inspiración, sino por su carácter de interpretación y coordinación de un sentimiento colectivo y de un ideal histórico.

Una obra finalmente se juzga por sus elementos positivos, creadores, esenciales, afirmativos. Este es siempre el juicio de la historia y de la opinión. Pertenece al espíritu pequeño burgués de los críticos orgánicamente individua-

listas, secesionistas y centrifugos, el juicio de juzgar una obra por sus elementos pasivos, subsidiarios, formales o episódicos.

Publicado en *Amauta* en marzo de 1927

## Aniversario y balance

*Escrito con motivo del segundo aniversario de la revista Amauta que Mariátegui dirigía. Lima, setiembre de 1928.*

*Amauta* llega con este número a su segundo cumpleaños. Estuvo a punto de naufragar al noveno número, antes del primer aniversario. La admonición de Unamuno -"revista que envejece, degenera"- habría sido el epitafio de una obra resonante, pero efímera. Pero *Amauta* no había nacido para quedarse en episodio, sino para ser historia y para hacerla. Encarar con esperanza el porvenir. De hombres y de ideas, es nuestra fuerza.

La primera obligación de toda obra, del género de la que *Amauta* se ha impuesto, es esta: durar. La historia es duración. No vale el grito aislado, por muy largo que sea su eco; vale la prédica constante, continua, persistente. No vale la idea perfecta, absoluta, abstracta, indiferente a los hechos, a la realidad cambiante y móvil; vale la idea germinal, concreta, dialéctica, operante, rica en potencia y capaz de movimiento. *Amauta* no es una diversión ni un juego de intelectuales puros: profesa una idea histórica, confiesa una fe activa y multitudinaria, obedece a un movimiento social contemporáneo. En la lucha entre dos sistemas, entre dos ideas, no se nos ocurre sentirnos espectadores ni inventar un tercer término. La originalidad a ultranza es una preocupación literaria y anárquica. En nuestra bandera inscribimos esta sola, sencilla y grande palabra: Socialismo (Con este lema afirmamos nuestra absoluta independencia frente a la idea de un partido nacionalista, pequeño burgués y demagógico.)

Hemos querido que *Amauta* tuviese un desarrollo orgánico, autónomo, individual, nacional. Por esto, empezamos por buscar su título en la tradición peruana. *Amauta* no debía ser un plagio, ni una traducción. Tomábamos una palabra incaica, para crearla de nuevo. Para que el Perú indio, la América indígena, sintieran que esta revista era suya. Y presentamos a *Amauta* como la voz de un movimiento y de una generación. *Amauta* ha sido, en estos dos años, una revista de definición ideológica, que ha recogido en sus páginas las proposiciones de cuantos, con títulos de sinceridad y competencia, han querido hablar a nombre de esta generación y de este movimiento.

El trabajo de definición ideológica nos parece cumplido. En todo caso, hemos oído ya las opiniones categóricas y solícitas en expresarse. Todo debate se abre para los que opinan, no para los que callan. La primera jornada de *Amauta* ha concluido. En la segunda jornada, no necesita ya llamarse revista de la "nueva generación", de la "vanguardia", de las "izquierdas". Para ser fiel a la revolución, le basta ser una revista socialista.

"Nuestra generación", "nuestro espíritu", "nuestra sensibilidad", todos estos términos han envejecido. Lo mismo hay que decir de estos otros rótulos: "vanguardia", "izquierda", "renovación". Fueron nuevos y buenos en su hora. Nos hemos servido de ellos para establecer demarcaciones provisionales, por razones contingentes de topografía y orientación. Hoy resultan ya demasiado genéricos y anfíbológicos. Bajo estos rótulos, empiezan a pasar gruesos contrabandos. La nueva generación no será efectivamente nueva sino en la medida en que sepa ser, en fin, adulta, creadora. La misma palabra revolución, en esta América de las pequeñas revoluciones, se presta bastante al equívoco. Tenemos que reivindicarla rigurosa e intransigentemente. Tenemos que restituírle su sentido estricto y cabal. La revolución latinoamericana será nada más y nada menos que una etapa, una fase de la revolución mundial. Será simple y puramente la revolución socialista. A esta palabra agregad, según los casos, todos los adjetivos que queráis: "antimperialista", "agrarista", "nacionalista-revolucionaria". El socialismo los supone, los antecede, los abarca a todos.

A Norteamérica capitalista, plutocrática, imperialista, sólo es posible oponer eficazmente una América Latina o íbera socialista. La época de la libre concurrencia en la econo-

mía capitalista ha terminado en todos los campos y todos los aspectos. Estamos en la época de los monopolios, vale decir de los imperios. Los países latinoamericanos llegan con retardo a la competencia capitalista. Los primeros puestos están ya definitivamente asignados. El destino de estos países, dentro del orden capitalista, es de simples colonias. La oposición de idiomas, de razas, de espíritus no tiene ningún sentido decisivo. Es ridículo hablar todavía del contraste entre una América sajona materialista y una América Latina idealista, entre una Roma rubia y una Grecia pálida. Todos estos son tópicos irremisiblemente desacreditados. El mito de Rodó no obra ya -no ha obrado nunca- útil y fecundamente sobre las almas. Descartemos, inexorablemente, todas estas caricaturas y simulacros de ideologías y hagamos las cuentas, seria y francamente, con la realidad.

El socialismo no es, ciertamente, una doctrina indoamericana. Pero ninguna doctrina, ningún sistema contemporáneo lo es ni puede serlo. Y el socialismo, aunque haya nacido en Europa, como el capitalismo, no es tampoco específico ni particularmente europeo. Es un movimiento mundial, al cual no sustrae ninguno de los países que se mueven dentro de la órbita de la civilización occidental. Esta civilización conduce, con una fuerza y unos medios de que ninguna civilización dispuso, a la universalidad. Indoamérica en este orden mundial, puede y debe tener individualidad y estilo; pero no una cultura ni un sino particulares. Hace cien años debimos nuestra independencia como naciones al ritmo de la historia de Occidente, que desde la colonización nos impuso ineluctablemente su compás. Libertad, democracia, parlamento, soberanía del pueblo, todas las grandes palabras que pronunciaron nuestros hombres de entonces procedían del repertorio europeo. La historia, sin embargo, no mide la grandeza de esos hombres por la originalidad de estas ideas, sino por la eficacia y genio con que las sirvieron. Y los pueblos que más adelante marchan en el continente son aquellos donde arraigaron mejor y más pronto. La interdependencia, la solidaridad de los pueblos y de los continentes, eran sin embargo, en aquel tiempo, mucho menores que en éste. El socialismo, en fin, está en la tradición americana. La más avanzada organización comunista, primitiva, que registra la historia, es la incaica. No queremos, ciertamente, que el socialismo sea en América calco y copia. Debe ser creación heroica. Tenemos que dar vida, con nuestra propia realidad, en nuestro propio lenguaje, al socialismo indoamericano. He aquí una misión digna de una generación nueva.

En Europa, la degeneración parlamentaria y reformista del socialismo ha impuesto, después de la guerra, designaciones específicas. En los pueblos donde ese fenómeno no se ha producido, porque el socialismo aparece recién en su proceso histórico, la vieja y grande palabra conserva intacta su grandeza. Lo guardará también en la historia, mañana, cuando las necesidades contingentes y convencionales de demarcación que hoy distinguen prácticas y métodos, hayan desaparecido.

Capitalismo o socialismo. Este es el problema de nuestra época. No nos anticipamos a la síntesis, a las transacciones, que sólo pueden operarse en la historia. Pensamos y sentimos como Gobetti que la historia es un reformismo mas a condición de que los revolucionarios operen como tales. Marx, Sorel, Lenin, he ahí los hombres que hacen la historia. Es posible que muchos artistas e intelectuales apunten que acatamos absolutamente la autoridad de maestros irremisiblemente comprendidos en el proceso por la "trahison des clercs". Confesamos sin escrupulo, que nos sentimos en los dominios de lo temporal, de lo histórico, y que no tenemos ninguna intención de abandonarlos. Dejemos con sus cuitas estériles y sus lacrimosas metafísicas a los espíritus incapaces de aceptar y comprender la época. El materialismo socialista encierra todas las posibilidades de ascensión espiritual, ética y filosófica. Y nunca nos sentimos más rabiosa y eficaz y religiosamente idealistas que al asentar bien la idea y los pies en la materia.

